

NIÑOS DE LA BIBLIA.



HELÍ BENDICE Á SAMUEL.

XVI.

SAMUEL.



Llegada aquella periódica y solemne época en que el pueblo de Israel acostumbraba ofrecer sus sacrificios al Eterno, subían por las gradas del tabernáculo erigido en la ciudad de Silo dos piadosos consortes israelitas. Elcana Efrateo y Ana, su querida esposa, llevando entre los dos de la mano á un parvulito que apenas podia andar

Abril de 1848.

solo. Despues que hubieron hecho su plegaria y despues que hubieron inmolado un tierno becerrillo, se acercaron á Heli, que era entonces el pontifice y juez del pueblo hebreo, y Ana le habló en estos términos:

—Yo soy, señor, aquella muger á quien visteis hace mas de un año postrada ante el arca del Señor en este templo; yo soy aquella á quien dijisteis: vete en paz, muger, que el Señor te concederá lo que le pides. Si, el Dios de mis padres se ha acordado de su sierva, y accediendo á mis ruegos, me ha concedido el hijo que tanto deseaba. Aquí le tenéis señor; prometi con-

TOMO II. 7

sagrarle á Dios por todos los días de su vida, y apenas le he apartado de mi pecho, apenas puede dar algunos vacilantes pasos, ya vengo á cumplir mi promesa.

El anciano sumo pontifice miró al niño con indecible satisfaccion, pasó su mano venerable por sus sedosos cabellos, y tomándole desde aquel momento bajo su proteccion, contestó á los padres:

—El Señor acepta vuestra ofrenda, y por ella os recompensará con abundante progenie. Este niño ejercerá á mi lado las funciones de su ministerio, y será grato en la presencia del Señor.

Salieron de Silo, Ana y su esposo para volverse á su pueblo natal, donde, conforme á las proféticas palabras del anciano sumo pontifice, no les faltó numerosa descendencia, pues tuvieron hasta tres hijos y dos hijas, sin contar el que estaba destinado al servicio del Señor. Crecia en tanto este niño en edad, en gracias y virtudes, siendo el objeto de la mas tierna solicitud de parte de Heli y de cuantos le rodeaban. Revestido del ephod ó blanca túnica de lino, emblema de su pureza, era el embeleso de cuantos contemplaban la modestia y la compostura con que asistía á las ceremonias religiosas, desempeñando en ellas la parte que le estaba encomendada. Llamábase Samuel, que significaba *pedido á Dios*, en lo que ya se daba á entender, no solo lo maravilloso de su nacimiento, sino los altos fines á que la Providencia parece destinaba á aquel niño.

En un tiempo en que los fieles y verdaderos profetas iban escaseando entre los israelitas, cuando el Señor no favorecía ya á su pueblo escogido con tantas visiones y revelaciones como en tiempo de los patriarcas, Samuel, este niño de doce años de edad, fué elegido por la Providencia para instrumento de grandes revelaciones, y para ayisar á Heli el merecido castigo que iba á recaer sobre él y toda su familia.

No lejos del sitio donde en lo interior del templo descansaba el sumo pontifice Heli, dormía también Samuel,

siempre preparado á atender en cuanto necesitase al buen sacerdote consumido por la vejez y moleestado por la ceguera. Una noche en que ambos descansaban, oyó el niño una voz misteriosa que decía:

—¡Samuel, Samuel!

—Aqui estoy, señor, y creyendo que Heli le llamaba, fué á presentarse á él diciendo:

—Aqui estoy, puesto que me habeis llamado.

—No te he llamado, contestó Heli, vuelve y duérmete.

Volvió Samuel á tenderse sobre su lecho, y á poco rato la misma voz tan clara y perceptible volvió á decir:

—¡Samuel, Samuel!

No dudando ya entonces de que Heli le llamaba, se levantó apresurado para ir á presentarse al pontifice, diciendo:

—Aqui estoy. ¿Qué me queréis?

—Si yo no te llamo, hijo mio, volvió á decir Heli: vuélvete y duerme tranquilo.

Repetióse hasta tercera vez esta misma escena, sin que el inocente Samuel fuese capaz de comprender el espíritu de Dios que en él se revelaba; pero el anciano pontifice, conociendo el misterio que en aquella escitacion habia, y sabiendo que hasta de los niños débiles é inespertos se sirve el Ser Supremo para revelar al mundo los decretos de su inmortal sabiduría, dijo á Samuel:

—Vuelve á descansar en tu lecho, pero si otra vez fueres llamado, levántate y di: hablado, Señor, que vuestro siervo escucha.

Hizolo puntualmente Samuel conforme se lo mandaban, y no volvió á presentarse ante Heli en lo restante de la noche.

Apenas empezó á romper el alba, se levantó Samuel para abrir las puertas del templo y empezar las funciones de su ministerio, mas á muy breve rato fué llamado por el anciano pontifice. Conocía éste que aquel niño querido de Dios habria tenido sin duda alguna misteriosa revelacion, y estaba impaciente por saberla, mientras que Samuel, aterrado con las palabras que

habia oido, temblaba al llegar el momento de indicárselas.

—Samuel, hijo mio, ven aqui, le dijo el pontífice ¿Qué es lo que te ha revelado el Señor?

Despues, viendo que el niño tardaba en contestarle, dijo:

—Te mando, ó por mejor decir, te suplico que nada me ocultes.

Entonces Samuel refirió ingenuamente á Heli las misteriosas palabras que habia oido; diciéndole:

—Los sucesos con que el Señor manifestará su cólera contra Israel, harán estremecer, no solo á cuantos los presencién, sino á cuantos los oigan contar. Ya ha llegado el tiempo en que se ha de expiar la iniquidad de Heli y de toda su casa. Todo cuanto contra él he dicho, será cumplido, porque sabiendo las maldades de sus hijos no ha tenido valor para corregirlos.

Oyo Heli con la mayor resignacion esta terrible sentencia y exclamó:

—El Señor es el soberano dueño de todo, y nosotros ante él no somos mas que polvo de la tierra. Todos somos obra suya, y puede conservarnos ó aniquilarnos segun su voluntad, que es siempre adorable y equitativa, pues sabe, sin que nadie le dé consejo, lo que mejor conviene á cada uno. Estoy dispuesto á recibir, así como los bienes, también los males que me envíe su mano paternal. Cúmplase en todo su divina voluntad.

Toda esta conformidad de Heli no le bastó para evitar las desgracias que pronto se cumplieron, conforme lo habia pronosticado Samuel. Este niño, ayudado de la gracia de Dios, que le habia comunicado la sabiduria de los verdaderos profetas, llegó con el tiempo á ser también sacerdote y juez, á presidir y gobernar al pueblo variable de Israel, conteniendo sus demasias con tanta prudencia como acierto. El hizo que los israelitas, abandonando la idolatria á que vergonzosamente estaban entregados, se reconciliasen con su Dios, lo que fué causa de vencer á los filisteos y de recobrar el arca santa; y por último, cuando los israelitas pidieron que se constituyese á un hombre solo por árbitro y señor de todos

ellos, Samuel les hizo ver de antemano las funestas consecuencias de aquella peticion.

El ejemplo de Samuel prueba del mejor modo posible, que la verdadera sabiduria, la que desciende de Dios, no se comunica siempre á los hombres de consumado saber y talento, sino á los mas inespertos, á los mas inocentes, á los que mas dispuestos están á recibirla segun su divina voluntad.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

El que miente no echa de ver la obra que emprende, pues tiene que inventar mil mentiras para sostener la primera.

Pope.

El embustero destruye aquella confianza mutua que forma los lazos que unen á los hombres.

Saint-Lambert.

Es verdad que el mentir es un mal-dito vicio. No somos hombres y estamos ligados por la palabra solamente: si conociéramos el horror y el peso de la mentira la perseguiríamos con mas ahinco que á cualquiera otro crimen.

Montaigne.

MENTIRA. Mas vale tratar con un ladron, que con un embustero; pero á ambos está reservada la perdicion.

Eclesiastes.

No hay vicio mas vergonzoso ni mas degradante que la perfidia, ni papel mas humillante que el de un embustero descubierto.

Bacon.

Todos se quejan de su memoria, y nadie de su discernimiento.

La Rochefould.

Las memorias que todo lo conservan son mesoneras, y no amas de gobierno.

Madama Necker.

MERITO. El mérito lo compensa todo

Montesquieu.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA

IV.

JULIO CÉSAR.—AUGUSTO.

Los pueblos que antes habían ciega-mente obedecido al malogrado cau-dillo que tan buenos recuerdos dejó en toda la España, no tardaron en so-meterse de grado ó por fuerza á la dominacion de Pompeyo. Sin embargo, hubo dos ciudades que quisieron dar un tributo de heroísmo á las cenizas de Scrlorio: Osma y Calahorra, lejos de amoldarse á las leyes del vencedor, levantaron el grito de independencia y rechazaron con resuelta espontaneidad el nuevo yugo de que se veían amenazados; pero ¡vana resistencia! Su excesiva fidelidad hacia el héroe difunto, los condujo á reproducir la hor-rible catástrofe que puso término á las guerras de Sagunto y Numancia. Osma y Calahorra alejaron de sus muros á sus antagonistas, mas al fin el hambre, el incendio y la desolacion fueron el premio de su inútil resistencia. Estos fueron los postreros lamentos quedie-ron los españoles por su libertad, la-mentos ahogados mas bien por el nú-mero que por el valor de los contra-rios, y á los que sucedió un período de apacible tranquilidad en toda la Pe-nínsula.

Formóse por este tiempo en Roma aquel famoso triunvirato que empezó á minar los fundamentos de su liber-tad: Craso, César y Pompeyo, se hi-cieron los dueños esclusivos del sena-do, y habiéndose erigido por árbitros de la república, repartieron entre sí sus mas vastas y ricas provincias; cu-po á Pompeyo el gobierno de España, y á pesar de esta division no se alteró

en lo mas mínimo la tranquilidad de la Península. Esta aparente calma fué bien pronto destruida cesando la bu-ena inteligencia que existia entre Cé-sar y Pompeyo; aquel tomó las armas contra su patria, se apoderó de Roma y de toda la Italia, y seguidamente di-rigió su rumbo á España resuelto á emanciparla del mando de Pompeyo. El plan concertado por Julio César pa-rra penetrar en la Península era el si-guiente: En tanto que Fabio, su lugar-teniente atravesaba los montes y pe-netraba en la España Citerior, aquel insigne capitán debía desembarcar en Ampurias y tomar la vuelta del Ebro, lo que efectuó á poco trabajo; mas an-tes de poder unir sus huestes aguer-ridas con las encomendadas á Fabio, éste habia experimentado un contra-tiempo en Lérida, donde fué vencido por las tropas de Afranio y de Petreyo, los dos lugar-tenientes de Pompeyo su competidor. No obstante, el talento de César era estremadamente superior á sus empresas malogradas; cortó la co-municacion entre los enemigos y la ciudad de donde se abastecian, apode-rándose de un collado que estaba si-tuado entre el campamento de los pompeyanos y la fortaleza, con lo cual puso por algun tiempo en grave con-flicto á las legiones enemigas.

Algun tiempo despues sentó sus rea-les entre dos rios, el Cinca y el Segre: hallábase Julio César en su tienda, so-lo y en actitud al parecer de estar me-ditando su plan de campaña á fin de reducir cuanto antes la numerosa hueste de su contrario, cuando fué de improviso interrumpida su honda me-ditacion con la llegada de un persona-ge que á pesar de las rigorosas consig-nas dadas á los centinelas, se presentó delante del insigne guerrero. Este al-zó la cabeza y reconoció á Fabio, y

viéndole azorado y perdido su natural color, le preguntó poniéndose de pie:

—¿Qué vienes á anunciarme?

—¿No oyes la lluvia caer á torrentes? dijo su conmillito.

—¿Y eso te intimida?... ¿Tienes miedo á la tormenta? Temes que el

rayo de Júpiter convierta en brasas á nuestro ejército formidable.

—No, pero veo á Neptuno, prosiguió Fabio, egercer ya su siniestro imperio en esta inculta y árida campiña. ¿No oyes ese clamoreo, signo de la mas grande consternacion? Asoma tu sere-



na frente á la puerta de tu tienda y verás á tu ejército en desorden y confuso impetrando á gritos la clemencia de los dioses.

Entonces Julio César dejó caer el doblez de su manto de escarlata y bordado de oro que suspendia su hombro izquierdo, y se dispuso á salir fuera de la tienda con aquel andar pausado y aquella sublime magestad de las almas grandes, que jamás se turban ni confunden ante los mayores infortunios.

—Pero tan embarazado te encuentras, prosiguió antes de salir, que no sabras explicarme lo que pasa á mis legiones.

—Si, contestó el lugar-teniente. La lluvia continuada ha derretido las nieves en los vecinos montes; el Cinca y el Segre han crecido del modo mas espantoso, y la violenta corriente pronto llegará á nosotros; los vivres del ejército y los refuerzos de las Galias quedan en la orilla opuesta y en peligro de caer en manos de los contrarios, y por esto ves á nuestras tropas desalentadas; su situacion es azarosa y ya creen su ruina inevitable.

—¿Y eso te amedrenta? preguntó César con imperturbable serenidad; nada temais; pronto, muy pronto se

pondrá remedio al grande mal que tan al principio lamentais.

Con efecto, los recursos de aquel pamoso entendimiento eran tales, que él mismo no los conocia sino en el caso de necesitarlos: mandó construir algunas barquillas sin que de ello se apercibiese el enemigo que guardaba la ribera, y atravesó el Segre con gran número de sus tropas sin hallar estorbos de ninguna especie. Luego que ocupó la cumbre de un cerro y logró á toda prisa fortificarla, mandó que echaran un puente por el cual hizo que pasase toda su caballería; por último, con no menos diligencia que buena fortuna, tomó la ofensiva y al cabo de la ya apuntada operacion, destruyó á los pompeyanos.

Despues combatió delante de Lérida á Afranio, Varron y Petreyo, los tres generales mas afamados de Pompeyo, y hecho dueño de las legiones romanas, se encaminó á Italia sin pérdida de tiempo: al año siguiente venció á Pompeyo en la batalla de Farsalia y le persiguió hasta las márgenes del Nilo en Egipto, donde fué mandado degollar por Tolomeo, rey á la sazón de aquellos países.

Los hijos del caudillo sacrificado, pesarosos con el desastroso fin de su padre, lloraron sin consuelo la pérdida de todo punto irreparable, pero instigados por la idea de una noble venganza, concertaron dirigir su rumbo á España, donde creyeron encontrar mas simpatias, al menos en los pueblos en que el poder de su padre estaba aun dominante. Hasta cierto punto no se engañaron en sus cálculos, porque aquella parte de España que no quería llevar en paciencia la violencia y rapacidad de los gobernadores cesarianos, y que respetaban con entusiasmo la memoria del ilustre Pompeyo, se reunió bajo sus banderas y levantó el grito de venganza. Creyó con esto Julio César ver amenguada su conquista, y volvió á España resuelto á poner coto á los males que vaticinaba. Despues de haber ganado algunas ciudades que se habian ya declarado por los hijos de Pompeyo, sentó sus

reales en las llanuras de Munda; (1) al principio de la refriega, la fortuna se mostró adversa hácia las armas del dictador, las que despues de una reñidísima pelea, comenzaron á ceder, á punto de emprender la fuga mas desordenada: al ver esto el inclito guerrero, no tuvo limites su agitacion: apeóse de su caballo, levantóse el yelmo y lanzándose en medio de la dispersa hueste con estrema celeridad, gritó:

—¡Soldados, yo soy vuestro César! Veteranos, despues de tantas victorias conseguidas ¿os dejareis vencer por dos mancebos? ¿asi desamparais á vuestro capitán? Si persistis en la fuga os prometo morir antes por mis propias manos que caer en las de los hijos de Pompeyo.

Diciendo esto llevó hácia su pecho la punta de su espada, pero los que cercaban á César se la quitaron, y un grito simultáneo resonó en todo el campamento, que decia:

—¡Nunca, nunca abandonaremos á nuestro inclito César!

Renovóse entonces el brio del combate; cargaron las huestes del dictador sobre los pompeyanos, y la victoria fué decisiva y favorable á la causa de Julio César. Huyeron los vencidos lamentando la pérdida de treinta mil combatientes; abrigáronse dentro de los muros de Munda, la que despues de un sitio prolongado y en el que se derramó mucha sangre por una y otra parte, tuvo al fin que someterse á la autoridad de César, quien vió completado su triunfo cuando recibió la nueva de que Geneco, uno de los hijos de Pompeyo, habia sido victima del furor de la pasada refriega. Su hermano Sexto, aunque renovó la guerra en Lusitania y despues la llevó hasta la Bética, vióse al fin abandonado de los suyos, y se halló imposibilitado de continuar en sus empresas hostiles. Esta victoria le valió á César toda la España romana, pero le duró muy poco el fruto de su conquista, pues un año

(1) Poblacion que suponen ser la conocida hoy con el nombre de Monda, situada á corta distancia de Málaga.

despues, Bruto y Casio, le quitaron la vida á puñaladas en medio del Senado.

Octavio, sobrino de Julio César, que despues tomó el título de Augusto, recibió la soberanía del mundo; repartió sin embargo con Marco Antonio todo el imperio, reservando para sí la España: habiendo llegado á su noticia que algunos de sus pueblos se habian levantado contra la dominación romana, y temeroso de que tomase incremento la insurrección, partió para España inmediatamente. Cantabria, Asturias y Galicia fueron las poblaciones que mas tenaces se manifestaron en presencia de las numerosas legiones de Augusto; pero ¡vanos esfuerzos! Octavio redujo á la obediencia á los sublevados, que solo se humillaron cuando vieron estinguida al filo de la espada toda la juventud.... Estos fueron los últimos alientos de la libertad española. «Ninguna nacion, dice el padre Duchesne, defendió, ni con tan porfiada resistencia, ni con tan valeroso ardimiento su amada libertad. Ninguna derrotó tantas veces, y tantos poderosos ejércitos romanos. Para sujetarla enteramente fueron menester todas las fuerzas y todos los grandes capitanes que produjo Roma. Los cuatro Scipiones, Pompeyo el grande, Julio César y Augusto, con todo el poder romano, y con sesenta y siete años de continuada guerra; y aun así quedaria desairado el valor, la ambición y la porfia de Roma, si una parte de España no hubiera peleado contra la otra, siendo los españoles auxiliares de sí mismos para su propia destrucción.»

Siguióse á esto un período de una dilatada y no interrumpida paz, haciéndose la España enteramente romana, pues adoptó su lengua, sus ritos y costumbres. La política que siguió Augusto en la Peninsula durante su dominación, aunque interesada, fué siempre benéfica para sus súbditos; fun-

dó nuevas colonias, eximió á algunas ciudades de pagar tributo, honró á muchos españoles elevándolos al desempeño de altos cargos en la sociedad; y en suma, fué generoso con los culpables, de lo cual vamos á dar un ejemplo.

Habia un famoso ladrón llamado Caracota, que á la cabeza de una numerosa gavilla estuvo por largo tiempo cometiendo los mayores crímenes en ciertos distritos de la Peninsula, y burlando con frecuencia la vigilancia de sus asiduos perseguidores. Augusto puso á precio su cabeza, y conociendo el bandolero que el mas ínfimo de su criminal cohorte, incitado por lo crecido de la suma pudiera asesinarle, se presentó al emperador y le dijo:

—Augusto, en mi poder está el bandido á quien deseas prender; dame la suma ofrecida y te le entregaré.

El emperador no titubeó un momento en satisfacer la demanda del foragido, y acto continuo le dijo:

—¿A dónde está Caracota?

—En tu presencia, inclito soberano, prosiguió poniendo la rodilla en tierra. En tu presencia, si, reclamando de tu acreditada generosidad el indulto... He sido bastante criminal, soy demasiado grande en postrarme á tus pies confesando mis errores, sólo tú, pues, perdonando al que se arrepiente de haber delinquido y ofrece enmendarse si le perdonas.

Grande efecto hizo en el ánimo de Augusto la impavidez de aquel foragido que tanto confiaba en su clemencia imperial; sin embargo, otorgóle el perdón que reclamaba.

Con semejante conducta y con los beneficios de que ya hemos hecho mención, logró grangearse el afecto de los españoles, quienes levantaron altares á Augusto vivo, y le edificaron templos despues de muerto.

L. A. BERMEJO.

APUNTES MORALES.

GUILLERMO TELL.

SEGUNDA PARTE.

I.

El baron de Attinghåusen habitaba un suntuoso palacio: en él se veía un salon de estilo gótico y en algunas de sus estremidades, cascós y armaduras pendientes de la pared; el baron anciano de ochenta y cinco años, pero de alta estatura y de aspecto noble, está apoyado sobre un baston y ciñendo un vestido de pieles. Kuoni y otros seis de sus servidores, aparecen allí tambien de pié y en derredor suyo. Rudenz acaba de entrar vestido de caballero y se llega al respetable anciano diciendo:

—Aquí me teneis, tío mio.

—Permite, respondió el anciano, que siguiendo el antiguo uso de mi casa, beba la copa de vino de la mañana en compañía de mis fieles criados.

Attinghausen tomó una copa llena de vino que estaba sobre la mesa, y después de haber bebido la entregó á Kuoni, que habiendo bebido tambien la trasladó á las manos de sus demas compañeros.

—En otro tiempo iba yo mismo al campo á vuestros trabajos, mas ahora no puedo; si el benéfico calor del sol no viene en mi busca, no puedo disfrutarle, porque me es imposible marchar á las montañas donde otras veces me esperaba. El espacio que puedo recorrer se estrecha mas cada dia, hasta que llegue el término dónde la vida se detiene. Ya no soy mas que una sombra de lo que fui, y bien pronto no quedará mas que mi nombre.

Kuoni dijo á Rudenz, ofreciéndole la copa.

—Bebed conmigo, jóven.

Y como viese que titubeaba prosiguió:

—Vamos, bebed: aqui no hay mas que un corazon y una copa.

Rudenz bebió y en seguida dijo el anciano á sus criados.

—Marchaos, hijos míos, y al sonar la primer campanada del Ave Maria, volved y hablaremos despacio de los asuntos del pais.

Los criados y Kuoni se ausentaron, y Attinghausen prosigió dirigiéndose á Rudenz.

—Te veo vestido y armado: ¿vas á encaminarte á Altdorf para penetrar en el palacio del gobernador?

—Si, tío mio, contestó Rudenz; no quiero dejar que pase mas tiempo.

—¿Tan de prisa estás, que no puedes reservar un instante para tu tío?

—Conozco que no teneis necesidad de mí, repuso Rudenz, yo soy extraño en esta casa.

—Si, desgraciadamente, dijo el anciano con voz entrecortada; y desgraciadamente tambien, eres extraño á tu patria. Rudenz, yo no te conozco ya; llevas vestidos de seda, plumas de pabo real, una capa de escarlata cubre tus espaldas, tus miradas se dirigen con desprecio hácia nuestros aldeanos, y aun te avergüenzas de su saludo amistoso.

—Yo les concedo gustosamente lo que de ley les pertenece, pero no estoy conforme en aprobar el derecho que injustamente se arrogan.

—Toda la comarca, gime bajo la cruel opresion del rey, continuó el anciano; la tiránica violencia que tenemos que sufrir, llena de dolor el alma de todo hombre honrado, y solamente tú no te conmueves á la general consternacion de nuestro pueblo. Ven que

te alejas de los tuyos para colocarte al lado de nuestros enemigos; te mofas de nuestros males y buscas el favor de los príncipes, en tanto que tu patria lamenta el yugo de sus opresores.

—¿Y por qué está oprimida la comarca? repuso Rudenz. ¿Quién motiva sus desgracias? Con una simple palabra puede librarse del yugo, y tener un emperador que le fuera favorable. ¡Desgraciados de aquellos que cierran los ojos del pueblo y le obligan á que rechace su verdadero bienestar! ¿Por qué los tres cantones no prestan su juramento al Austria? Quieren tener al emperador por dueño para no tener ninguno.

—Debo yo escuchar semejantes palabras... ¿Y de tu boca?

—Vos me habeis provocado, dejadme proseguir. ¿Qué papel es el que representais? ¿Cuál es la ambicion que tenéis? ¿No seria mas honroso para vos rendir vasallage á un real señor, uniros á su brillante comitiva, que andar al lado de vuestros pastores.

—¡Ah, Rudenz, Rudenz! oyendo estoy en tí la voz de la seducción; ha penetrado en tu oído y envenenado tu corazón.

—No lo niego, contestó Rudenz; he sentido en el fondo de mi alma el dolor al verme despreciado por esos extranjeros; no he podido resignarme á vivir en la ociosidad con mi corto patrimonio, y perdiendo en ocupaciones vulgares la primavera de mi vida; al paso que una noble juventud se reúne bajo las banderas de Habsburgo para adquirir gloria; la sonora trompa guerrera, el grito del heraldo que convida al torneo, no penetran en estos valles, yo no oigo aquí mas que el ruido monótono de las campanillas y cencerros de los rebaños.

—Joven, dijo Attinghausen, qué ciego estás: deslumbrado con el vano brillo de la opulencia, desprecias la tierra en que naciste, te avergüenzas de las piadosas y antiguas costumbres de tus antepasados. Sin embargo, llegará un día en que derrames lágrimas ardientes y suspiros entristecido cerca de estas montañas paternas. Esa melodía de los cencerros que

hoy desdeñas en tu orgullosa sociedad, despertará en tí un doloroso deseo en cierta época de tu vida. ¡Oh! qué grande es el atractivo de la patria! La corte estrangera y engañadora no se ha hecho para tí. En la orgullosa corte del emperador, si eres hombre de bien, pasarás siempre por un estrangero: la corte exige otras virtudes distintas de las que has heredado en estos valles. Marcha, vende tu alma libre, conviértete en criado de los príncipes, mientras puedes ser dueño de tus acciones, príncipe de tu patrimonio y de tu suelo libre. ¡Oh! Rudenz, continúa permaneciendo entre los tuyos, no vayas á Aldorf, no abandones la santa causa de la patria. Soy el último de mi raza, mi nombre concluye conmigo, mi casco y mi coraza que están allí colgados, serán encerrados conmigo en mi sepulcro; ¿será preciso que en mi último suspiro piense yo que esperas ver que mis ojos se cierran para abandonar este señorío, para recibir del Austria los bienes que libremente recibí de Dios?

—En vano intentaremos resistir al rey, repuso Rudenz; el mundo le pertenece: ¿podremos nosotros solos luchar obstinadamente y romper el poderoso lazo que forman los países de estas cercanías? Los mercados públicos son suyos; los tribunales tambien. ¿Nos protegerá el imperio? ¿Podrá el mismo imperio revelarse contra el poder del Austria? Si Dios no nos ayuda, ningún emperador del mundo puede protegernos... No, no, tio mio; en estos tiempos de cruel discordia, el partido mas juicioso que debe tomarse es el de unirse á un gefe poderoso: la corona imperial pasa de una familia á otra; el recuerdo de una fidelidad y de nuestros servicios; no puede conservarse, pero si tenemos un dueño poderoso, nuestros servicios serán granos sembrados para el porvenir.

—¿Tan juicioso eres tú? preguntó el anciano: ¿Eres tú mas avisado que tus nobles antepasados, que por conservar el tesoro precioso de su libertad, han combatido heroicamente y sacrificado su sangre y sus bienes? Vé á Lucerna y veras lo que es allí la do-

minación del Austria. Nuestros enemigos vendrán algún día á esclavizar-nos, y sostener sus guerras á costa de nuestra sangre. No; si es menester que nuestra sangre se derrame, al menos sea para procurar nuestro bien: la libertad nos costará menos cara que la esclavitud.

—¿Y qué podremos nosotros, débiles pastores, contra los ejércitos de Alberto.

—Aprende á conocer, jóven incauto, lo que es una reunion de pastores; yo lo conozco porque los he conducido á la pelea y los he visto combatir en Favenz. Recuerda de la raza que has nacido; no desprecies por una frivola vanidad y un brillo fascinador el verdadero tesoro de tu dignidad. Ser jefe de un pueblo libre que no se consagra á ti mas que por amor, y que fielmente te sigue á los combates, debe inspirar tu orgullo y tu gloria. Estréchate fuertemente á los lazos que te unen á tu patria, entrégale tu corazón. Aquí están las profundas raíces de tu fuerza; pasa siquiera un día á nuestro lado, no vayas hoy á Altford... Lo entiendes, consagra solo este día á los tuyos.

Diciendo esto, Attinghausen cogió dulcemente la mano de su sobrino, quien rechazándola continuó:

—Tengo empeñada mi palabra.

—¿Tienes empeñada tu palabra?... ¡Desgraciado; todo lo he conocido! No es tu palabra, son los lazos del amor los que te obligan...

Y viendo que Rudenz volvía la cara prosiguió:

—Ocúltate cuanto quieras, es una muger; Bertha de Brunek te lleva hácia el gobernador, te encadena al servicio del emperador. Por obtener á esa muger haces traicion á tu patria... Te aseguran que será tu esposa, pero jamás presumas que está reservada á tus votos inocentes.

—Adios tio mio, exclamó Rudenz saliendo de allí precipitadamente.

—Aguarda, jóven insensato dijo el anciano. Se aleja, no puedo detenerle, no puedo salvarle.

II.

Mientras que está pasaba en el palacio de Attinghausen, en uno de los bosques mas escondidos é intransitables de los cantones, se reunían Arnaldo, Baumgarten, Staufalher, Walther y otros varios conjurados, para deliberar acerca de volver á la Suiza su antigua libertad dando muerte al implacable gobernador Gesler. Después de largos y prolivos razonamientos, juraron consus espadas en las manos llevar á cabo la grande obra, pues ya contaban con todos los elementos necesarios al efecto. Cuando esto se verificaba era de noche, pero los primeros fulgores de la sonrosada aurora pusieron término á la asamblea y cada cual se encaminó á su respectivo canton.

Es preciso que ahora supongamos ver un patio perteneciente á la casa de Guillermo Tell, el que aparece trabajando en un banco de carpintero, Hedwiga, su muger, está sentada á cierta distancia y trabajando en una labor propia de su sexo; pero Walther y Guillermo, hijos de este honrado matrimonio, aparecen jugando á gran trecho del patio con un arco y algunas flechas muy pequeñas.

—Padre, dijo Walther acercándose al banco. Se ha roto la cuerda de mi arco, ¿quieres componerla?

—No, contestó Tell, el buen cazador compone su arco cuando se le rompe.

El inocente Walther, al escuchar esta respuesta se alejó; Hedwiga le miró y dijo á su marido:

—Muy pronto se ejercitan estos niños en el tiro de la ballesta.

—El que quiera llegar á ser un buen tirador, respondió Tell, debe ejercitarse en ello desde muy temprano.

—¡Ay! tengo miedo que lleguen á perfeccionarse en el tiro de la ballesta, contestó tristemente Hedwiga.

—Es preciso que lo aprendan, repuso Tell; todo el que se aventure á pasar una vida, como la mia debe es-

lar dispuesto al ataque y á la defensa.

—Ninguno de los que me rodean busca el reposo de mi casa.

—Hedwiga, no puedo vivir de otra manera; la naturaleza no me ha formado mas que para ser cazador, y por eso me encuentro precisado á perseguir incesantemente á la fiera fugitiva.

—Pero tú no piensas en la continua ansiedad de tu muger mientras aguarda tu vuelta. Lo que refieren tus admiradores, respecto á tus peligrosas correrías me llena de terror; siempre que te ausentas de mi lado me pongo á temblar, pues pienso que no vas á volver; siempre tengo presente los hielos de las montañas por donde transitas, y creo verte resbalar y sepultarte en un precipicio. ¡Ay! de cuantas maneras la muerte amenaza al cazador de los Alpes.

—El que observa con sangre fria cuanto le rodea, y tiene confianza en Dios, no puede sucederle nada.

Diciendo estas palabras habia concluido su trabajo, y en tanto que colocaba sus herramientas en sus sitios correspondientes, proseguia:

—Me parece que ahora quedará sólida nuestra puerta para mucho tiempo. Además de cazador me parece que soy tambien un excelente carpintero.

—¿Dónde vas? preguntóle Hedwiga al ver que tomaba el sombrero.

—A Altford, á casa de mi padre.

—¿No lleyas en tu mente algun proyecto peligroso? Confíesámelo.

—¿De qué procede esa pregunta?

—Creo haber escuchado que se trama una conjuración contra las autoridades; ha habido una reunion en Butti, me lo han dicho, y tú tambien estás comprendido en la liga.

—No, no lo estoy, dijo Tell con firmeza de carácter; pero tampoco ensordecere á la voz de mi patria si algun dia me llama.

—¿Quién duda que cuando llegue ese caso te colocarán en el sitio mas peligroso; siempre te hallarás en el lance mas comprometido.

—Cada uno es considerado segun los medios que posee.

—Durante la pasada tempestad, has atravesado el lago con un hombre de

Underwald, y milagrosamente é vuelto á verte.... Jamás piensas en tu muger ni en tus hijos.

—Te engañas en suponerlo, contestó Guillermo.

—Navegar sobre el lago cuando estaba mas enfurecido.... Eso es no tener confianza en Dios, es tentar á la Providencia.

—Aquel que mucho reflexiona, obra poco.

—Ciertamente eres benéfico y arrojado, haces servicios en favor de todo el mundo, pero si desgraciadamente te hallases en algun apuro, ¿a nadie encontrarías?

—Dios, con su santa bondad hace todo lo posible para que yo no necesite ayuda de nadie.

Al decir esto cogió su ballesta y sus flechas.

—¿Qué vas á hacer con esa ballesta? preguntó Hedwiga.

—Cuando me falta el arma, respondió Tell: me parece que estoy manco.

Los niños se aproximaron á Tell en este instante.

—¿Dónde vas, padre mio? preguntó Walther.

—A Altford, hijo mio, á casa de tu abuelo; ¿quieres venir conmigo?

—Oh, si; si yo lo estaba deseando.

Hedwiga se opuso á ello diciendo:

—El gobernador está ahora allí; no vayas á Altford.

—Parte hoy mismo, contestó Tell.

—Pues deja primero que parla; no des motivos para que piense en tí.... tú sabes que no nos quiere.

—Su mala voluntad no puede dañarme; yo obro con honradez y no temo á ningun enemigo.

—Aquellos que obran con honradez son precisamente á los que mas odia.

—No temas, me dejara en paz.

—¿Tú lo crees así?

—No hace mucho tiempo, prosiguió Tell, que cazaba yo en las profundidades del Schachen, y seguia solo el sendero escarpado de la roca, donde no se podia dar la vuelta, pues encima de mi habia una muralla de rocas tambien escarpadas y un furioso torrente que mugia. El gobernador marchaba á mi encuentro por el mismo

sendero; iba solo y yo tambien; nos encontramos frente á frente, y el abismo cerca de nosotros. Cuando me apercibí me reconoció al instante; yo poco tiempo antes le habia tratado con severidad por una leve causa, y cuando vió que llevaba mi ballesta y que marchaba delante de él, palideció y su cuerpo comenzó á temblar; tuve intenciones de arrojarle contra la roca, lo confieso, pero le compadeci, y adelantándome humildemente hacia él, le dije: «Soy yo, señor gobernador.» Pero nada me pudo responder.... Con la mano me hizo señas para que continuase mi camino, y entonces pasé saludándole respetuosamente.

—¿Ha temblado delante de ti? preguntó Hedwiga; desgraciado.... jamás te perdonará: no te aproximes hoy á Altford; véte mas bien á cazar.

—¿Qué temes?

—Estoy muy sobresaltada... no voyas.

—¿Cómo puedes atormentarte sin motivos?

—¿Sin motivos!... Tell, quédate hoy en casa.

—He prometido á mi padre....

—Ah, si es preciso, vé, pero déjame á mis hijos.

—No, dijo Walther de pronto; yo quiero ir con mi padre.

—¿Quieres dejar á tu madre? preguntó Hedwiga.

—Yo te traeré alguna cosa bonita de casa de mi abuelo.

Al fin, á pesar de los ruegos y temores de Hedwiga, Tell salió acompañadode su hijo Walther, y la desconsolada madre quedó sola con su hijo Guillermo, el que al punto la dijo:

—Madre mia, yo me quedo aquí contigo.

Y Hedwiga abrazándole contestó:

—Si, tú eres mi hijo mas querido, mi única compañía.

Sin embargo, saliendo á la puerta miró marchar á su esposo y á su hijo mayor, de cuya manera permaneció hasta que los perdió de vista.

(Se continuará.)

HOMBRES CELEBRES.

SAN PEDRO,

PRÍNCIPE DE LOS APOSTÓLES.

...Y dijo Jesús á Simon:
No temas: desde aquí en adelante serás pescador de hombres.

(San Lucas, cap. V, v. 40.)

Era un pobre pescador que tenia por nombre Simon, hijo de Jonás; tambien tenia un hermano que se llamaba Andrés: habitó primeramente en Betsaida, llenando los deberes de su modesta profesion y dando á Dios el culto debido: ambos hermanos fueron discipulos de Juan Bautista, pero Andrés habiendo oido hablar á su maestro de Jesús el cordero de Dios, entró en de-

seos de conocerle, y según San Agustín, pasó con él parte de un dia y toda una noche. Las palabras de Cristo le llenaron de admiracion, y acudió hacia su hermano Simon y le dijo:

—He visto al Mesias, me habló, y sus palabras han llenado mi alma de consuelo y gracia.

Simon manifestó tambien deseos de conocer al hijo del hombre, y suplicó encarecidamente á su hermano que le llevase inmediatamente á donde estaba Jesús. Este al verlos venir, llamó á Simon por su nombre, diciéndole: «Cephas,» que en lengua siríaca, vale tanto como piedra, y de aquí los griegos le llamaron Petros, los latinos Petrus, los franceses Pierre, y los españoles Pedro.

Pasaron algunos dias al lado de Je-

sucristo, pero no habiendo llegado todavía, el momento de la vocación, se ausentaron y volvieron á entrar en sus barcas, prometiendo esperar sus instrucciones. Pedro se casó, pero siempre estuvo junto con Andrés; desde Betsaida pasó á Cafarnaum donde residía su suegra, y aunque había cambiado de patria, no varió de profesion.

Un día que Jesucristo encontró á Pedro con su hermano Andrés lavando sus redes de pescar en la orilla del lago de Genesaret, mandó á Pedro que la echase en alta mar, y aunque los dos pescadores no habian podido sacar nada en toda la noche, de aquella sola tirada pescaron tanto que llenaron sus barcas; admirado Pedro de aquel prodigio, se arrojó á los pies del Salvador, el cual le dijo:

—Abandona tus redes, y sígueme con tu hermano, pues quiero hacerlos pescadores de hombres.

Aun cuando no comprendieron estas palabras, obedecieron al punto, y todo lo abandonaron á esta sola insinuación de Jesucristo. Hallábase enferma la suegra de Pedro, y Jesus la curó, y ya completamente buena, sirvió la primer comida que celebró Jesus en la casa de su primer discipulo.

Desde entonces esperiméntó Pedro un nuevo ser, y conoció que el Mesias se hallaba en su presencia y que jamás podría separarse de su lado; no tenia aun la perfeccion cristiana, pero sí el principio de la fé, y cuando su maestro le hubiese alimentado con sus lecciones saludables, y enseñádole el medio de evitar las culpas, sería grande y sublime.

Cierto día que Pedro atravesaba el mar para volver á Cafarnaum con los discipulos, Jesus, despues de haber multiplicado los panes, quedó en el desierto, pero de repente distingue Pedro una sombra que marcha hácia ellos por encima de las aguas; al pronto no reconoce á Jesus, pero comprende al fin que no puede ser otro; impulsado por el escesivo amor que tenia á su maestro, salta fuera de la barca, y se adelanta á su encuentro tambien por encima de las aguas; una humana debilidad le sobrecoje de pronto, le falta

el valor y cree que las olas se abren para sumergirle: lanza una mirada de espanto á su maestro y le dice:

—Señor, yo voy á perecer.

Pero Jesus le tiende su mano y le sostiene diciéndole:

—Hombre de poca fé, ¿por qué dudas de mi poder?

Y le condujo hasta la barca sin que experimentase peligro alguno.

Poco tiempo despues anunció el Redentor á sus discipulos, que era preciso dar al pueblo un alimento mas espiritual que el de la Paseua; la multitud rechazaba su doctrina, y era preciso redimir al mundo.

—¿Queréis seguirme? preguntó á varios de sus discipulos, ó abandonar-me como el resto de los hombres,

—¿A dónde iremos, señor? dijo Pedro, cuando vos tenéis las palabras de la vida eterna.

De camino hácia Cesarea, preguntó Jesus á unas mugeres: qué decían los judios del hijo del hombre, y le respondieron, que unos le tenían por Juan Bautista, otros por Elías, y algunos por Jeremías, ó un profeta: entonces se dirigió á los apóstoles, y preguntó:

—¿Y vosotros, quién pensais que yo sea?

Simon—Pedro tomó la palabra, y respondió:

—Vos sois Jesucristo, el hijo de Dios vivo.

A esta sincera confesion, respondióle el Señor con dulzura.

—Tú eres dichoso, Simon, hijo de Jonás, porque esa revelación te la ha hecho mi padre que está en los cielos, y yo tambien te digo que eres piedra, y sobre esta misma piedra edificaré mi iglesia, la que jamás derribará el infierno; te entregaré las llaves del reino de los cielos, y todo cuanto desatares en la tierra, será desatado en el cielo.

Evidente declaración de la primacia de San Pedro, del poder espiritual de los apóstoles, y creacion divina de la gerarquía pontifical.

Pero el pescador de Cafarnaum amaba todavía la vida terrenal, y tenia miedo á la muerte; de manera que cuando Jesucristo predijo los sufrimientos que le esperaban en Jerusalem,

le suplicó que huyese de un lugar tan funesto.

—¡Huye Satanás! exclamó Jesús, me escandalizas; mucho gustas de las cosas de la tierra.

Cuando Pedro oyó estas palabras, debió comprender que la nueva ley, era una ley de abnegación. ¡Qué lección para prepararle también a soportar la cruz, donde mas tarde debía ser martirizado!

La buena fé de Simon-Pedro es probablemente una de las virtudes que conquistaron el afecto de Jesucristo; es verdad que frecuentemente recibía severas reconvenciones, pero también es cierto que siempre Jesús le escogía para hacerle participe de los actos de su vida humana.

Jesús condujo á Pedro, Santiago y Juan á una alta montaña, y presentóse á estos hombres la cara del hijo de Dios, resplandeciente como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve; á este mismo tiempo observaron que se apareció Moisés y Elías que venían á hablar con él, y Pedro extasiado exclama:

—Señor, bien estamos aquí. Hagamos tres tiendas; una para vos, otra para Moisés, y la otra para Elías.

¿No se vé en estas palabras, donde Pedro se olvida de sí mismo, una extraordinaria sencillez, y al mismo tiempo un principio de olvido acerca de las cosas de la tierra?

Pero la hora del sacrificio se acercaba, y Jesús con el corazón lleno de tristeza, dijo á Pedro:

—Pedro, te digo la verdad; esta misma noche antes que el gallo cante, me negarás tres veces.

Y Pedro respondió:

—Señor, aun cuando me sea necesario morir por vos, no os negaré.

Fué el primero á quien Jesús lavó los pies; se encontró en el jardín de los Olivos cuando los soldados prendieron al Salvador, y dominado de un celo mal entendido á favor de su maestro, de una cuchillada cortó la oreja á Malco, criado del sumo sacerdote Caifás hasta cuya casa acompañó á Jesús, y allí le negó tres veces, haciendo solemnemente juramento de no haber conoci-

do jamás á Jesús; mas habiendo oído cantar el gallo, salió de la estancia, y lloró amargamente su pecado dando pruebas del mas sincero arrepentimiento. Dios permitió este pecado á fin de que en adelante el pobre apóstol no confiase tanto en sus propias fuerzas. ¡Qué de lágrimas corrieron por sus mejillas para subsanar esta grave culpa! ¡Cuán sensible debió serle la mirada del Señor cuando el gallo cantó por la vez tercera! Los sufrimientos atroces que precedieron al suplicio del Redentor, su marcha hácia el Calvario, el último grito de la humanidad, todo esto debió atravesar el corazón de Pedro, sobre todo cuando recordara la predicción de su divino maestro.

Al tercer día resucitó Jesucristo de entre los muertos y se apareció á las santas mugeres: los apóstoles se encaminaron al sepulcro del Señor y solo se encontraron las sábanas en que habia sido envuelto, pero el ángel que se apareció á María Magdalena, dijo á los apóstoles que se fueran á Galilea donde verian á Jesús como él lo habia anunciado antes de su muerte.

Refiere San Juan que Jesús, en su tercera aparición preguntó tres veces á su discípulo predilecto.

—Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que á todos?

—Sí, mi señor y maestro, respondió el apóstol, ya sabeis que os amo.

—Apacenta, pues, mis ovejas, contestó el Salvador.

Después Pedro reunió á los apóstoles y á sus discípulos en número de ciento veinte, en una casa de Jerusalem y la suerte designó á Matias para ocupar el puesto de Judas Iscariote, y completar el número de los doce. En el instante en que el Espíritu Santo descendió sobre ellos y les comunicó el don de poseer todas las lenguas; el pueblo judío oyéndolos hablar de tantas maneras, se burló de ellos creyéndolos borrachos, Pedro despreció esta injuria, predicó la divinidad de su maestro, y solo á su voz se convirtieron tres mil israelitas. La cura maravillosa que hizo á un lisiado, dió nuevo vigor á sus predicaciones, y puesto en

prision con San Juan, convirtió en ella a otros cinco mil, obligando a los jueces a que le devolvieran su libertad.

Aumentábase el número de los fieles, la elección de los diáconos para el orden y la distribución de las limosnas, el nombramiento de Santiago el Menor, pariente de Jesucristo, comisionado por Pedro y sus compañeros para gobernar la iglesia de Jerusalem, contribuía a que se consolidase mas y mas la nueva iglesia; por lo cual no pudiendo contener los judíos su irritación, dieron principio a una atroz persecución en la Judea y en la Siria, siendo

Esteban cabeza de los diáconos, la primera víctima sacrificada por el furor de los impíos. Saulo, perseguidor acérrimo de la fé de Jesucristo, se convirtió en defensor y apóstol de ella tomando el nombre de Pablo. Los apóstoles pasaron a predicar por todos los pueblos de la Judea, y Pedro habiendo llegado con Juan a Samaria, tuvo que luchar contra los intentos de Simon Mago, que creyó comprarle la potestad de que se hallaba revestido, pero el discípulo de Jesus, desechó con enojo la proposición de un tráfico tan opuesto a la fé del Crucificado. Decla-



róse Simon enemigo mortal de Pedro, y el interés con que el apóstol se desvelaba por aliviar a los desgraciados y socorrer y consolar a los pobres, contribuyó a endurecer mas el corazón de aquel israelita. Una vision que tuvo

cuando estaba en oración, antes de la hora de comer, le mostró por tres veces un mantel cubierto de todo género de carnes y oyó una voz que le dijo:

—Haz uso de todas ellas sin diferen-

ciar de las que llamas impuras, que Dios las ha purificado.

En seguida un ángel se apareció y le dijo que fuese á instruir y bautizar á Cornelio, centurion romano; en consecuencia de lo cual obedeció Pedro y consiguió que fuera Cornelio el primer gentil que recibiese la fé por el ministerio del primer apóstol, aunque el Evangelio anunciado á los judíos, fué predicado mas tarde á los demas pueblos cuando la mision del apóstol San Pablo.

Los discipulos de San Pedro á su vuelta á Jerusalem, murmuraron de que la fé cristiana habia sido comunicada á un incircunciso, y aunque él invocó en su defensa la espresa voluntad del Salvador, la queja de algunos judios convertidos, fué causa de la disputa que se suscitó en adelante, á fin de obligar de una parte á los nuevos cristianos á circuncidarse, y de otra para libertarlos de la ley judaica. Hacia el año 36, Pedro y los demas apóstoles, despues de haber recibido la visita de Pablo, y haberse repartido probablemente la predicacion, dejaron definitivamente á Jerusalem y fueron á llevar el Evangelio al otro lado de la Judea. Fué Pedro el primer pastor ó prelado de Antioquia, asi como sus habitantes los primeros que recibieron el nombre de cristianos; predicó á los judíos en el Ponto, la Galicia, la Bitinia y la Capadocia, y el año 42, unos 24 antes de su muerte, se trasladó á Roma en los primeros tiempos del imperio de Claudio, estableciendo allí su silla episcopal. Parecióle la capital del mundo la ciudad mas á propósito para la propagacion de la religion divina de que era primer ministro: aquella opulenta ciudad que con su gran celebridad y su poder habia difundido sus supersticiones en toda la tierra por el designio de Dios, debia llegar á ser la humilde sierva de la verdad, y estender en adelante su dominacion espiritual mucho mas allá de los limites de su antiguo imperio.

Habiendo vuelto San Pedro á Jerusalem para celebrar la Pascua del 44, fué preso por orden de Herodes, y conducido á un lóbrego calabozo, y

guardado con muchos centinelas de vista que vigilaban cuidadosos para que no huyera. Era el designio de Herodes Agripa sacrificar al santo apóstol, con los mismos tormentos y barbarie de que fué victima Santiago el Mayor, perola divina Providencia velaba por Pedro, y la noche del mismo dia que el tirano habia presijado para que se llevase á cabo la sentencia de su muerte, se hallaba Pedro durmiendo entre dos soldados que le miraban sin cesar; mas hé aqui que se aparece el ángel del Señor y alumbraba con los resplandores de su luz celestial la lóbrega mansion que encerraba al santo apóstol. El ángel tocó á Pedro en el hombro y le dijo:

—Levántate pronto.

Y en este mismo punto cayeron las cadenas de sus manos.

—Ciñete y cálzate tus sandalias, prosiguió el ángel; echate encima tu ropa y sígueme.

Pedro obedeció al ángel, pero mientras que le iba siguiendo, le parecia que cuanto le pasaba era solamente una vision. Sin embargo, vió que atravesó sin obstáculo alguno la primera y segunda guardia, y que llegaron á una puerta de hierro que daba vista á la ciudad, la que se abrió de suyo. Luego llegaron á una calle y en este mismo instante el ángel desapareció, por lo que Pedro volviendo en sí dijo con los ojos fijos en el cielo:

—Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha libertado de las manos de Herodes y de toda la espectacion del pueblo de los judios.

Dando gracias al Redentor por haberle salvado, pasó á casa de Maria, la madre de Juan, que tenia por sobrenombre Marcos, en donde estaban muchos congregados y todos ellos orando. Pedro tocó á la puerta del patio, y una muchacha llamada Rhode, salió á preguntar quien llamaba.

—Yo soy, dijo Pedro.

La muchacha que conoció al momento la voz del apóstol, experimentó un gozo tal, que casi perdió el sentido, y en vez de abrir la puerta corrió á dentro para dar una nueva tan dichosa; pero

los que á la sazón oraban exclamaron:

—Tú estás loca, es imposible.

Pero Rhode afirmaba que sí, durante lo cual Pedro continuaba llamando. Le abrieron, y al verle todos quedaron pasmados; mas Pedro haciendo señal con la mano de que callasen, refirió el modo con que el Señor le había sacado de la lóbrega prisión en que Herodes le había encerrado.

—Haced saber todo esto, añadió, á Santiago y á los demas hermanos.

Pedro salió de allí para pasar á otro lugar. Luego que amaneció hubo un grande alboroto entre los soldados que habían estado custodiando á Pedro, y Herodes que supo el suceso, se llenó de indignación.

San Pedro mientras tanto había marchado á Jerusalem, desde cuya población se encaminó otra vez á Roma, y arrojado de esta ciudad con los judíos por el emperador Claudio, volvió á Judea y juntó el concilio de Jerusalem, en el que habló con mucha sabiduría, y en el cual se decretó que no se impondría á los gentiles el yugo de las ceremonias legales.

Tornó despues á Roma y escribió á los fieles convertidos su segunda *Epistola*, á fin de afirmarlos en la adhesión inviolable que debían tener á la doctrina y tradición de los apóstoles, y precaverlos de las ilusiones de los falsos doctores.

Encendióse de nuevo el fuego de la persecucion, y el emperador Neron mandó prender á San Pedro y á San Pablo, y ambos sufrieron el mas horrendo martirio en un mismo día y en un mismo parage. San Pedro fué crucificado boca abajo y San Pablo degollado. Dos mugeres, Basilisa y Anastasia, quisieron dar honrosa sepultura á los Santos mártires, por cuya buena intencion fueron presas y decapitadas. Sin embargo, algunos cristianos de Oriente consiguieron depositar sus cuerpos en las catacumbas, de donde fueron estraidos despues de la muerte de Neron y enterrados parte en el camino de Ostia, donde hoy existe la iglesia de San Pablo, y parte en el Vaticano, cuyo cuartel estaba ocupado por los judíos.

TOMO II.

Algunas basilicas levantadas sobre las ruinas de los palacios de los emperadores, han hecho despues mas célebre que los mausoléos de los Césares los sepulcros del humilde pescador. En el solar de la cárcel donde estuvo encerrado el principe de los apóstoles, fué construida una iglesia bajo la invocación de San Pedro encadenado.

La muerte de San Pedro fijó irrevocablemente en Roma la primera silla de la iglesia católica, y aquella ciudad comenzó á ser desde entonces la Jerusalem del cristianismo, la residencia de su primer pastor, el centro de la union católica y el oráculo y la regla de todas las iglesias; y allí por ultimo han recibido su mision todos los hombres apóstolicos que despues de la primera publicacion del Evangelio han llevado á las naciones aquella divina luz

Desde el momento en que se complace uno de oír murmurar, debe contarse en el número de los maledicentes.

Máximas de los orientales.

La maldicion es una pequeñez en el ánimo ó una maldad en el corazon: nace siempre de la envidia, de la avaricia de los celos ó de cualquiera otra pasion; es el resultado de la ignorancia y de la malicia. Murmurar sin objeto, es una necesidad, murmurar sin reflexion es una perficia. El murmurador ó es necio ó es malo.

Duclos.

MALEDICENCIA. Los dardos de la maledicencia y de la calumnia tienen dos puntas, y hieren á veces la misma mano que les clava.

Pensamiento indiano.

MEMORIA. La memoria semejante á los libros que permanecen mucho tiempo encerrados entre el polvo, exige que se la desenvuelva á menudo; es menester sacudir todos los pliegos, para que estén en buen estado cuando haya que hacer uso de ellos.

Séneca.

8

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

III.

LA FAMILIA MULLER.

Nobien se hubo tomado el café en derredor de la chimenea, cuando los niños deseosos de saber el desenlace de las aventuras de la *Familia Muller*, recordaron á don Raimundo la continuación de aquella interesante historia, quien tomando la palabra prosiguió del siguiente modo:

—Dije á vds. en mi anterior relacion, que Arturo venia montado sobre un avestruz... ¡Sobre un avestruz! esclamarán vds. creyendo cosa imposible domesticar un animal semejante hasta tal extremo. Sin embargo, debemos estar persuadidos que se puede llegar á los mas difíciles resultados á fuerza de paciencia y perseverancia; estas dos virtudes deben siempre caminar acompañadas del hombre; confesadlo, amigos míos; si fracasan vuestros asuntos es indudablemente por haber caminado de prisa. Con el orgullo propio de un buen ginete hacia Arturo ejecutar á su dócil animal todos los pasos del arte ecuestre. Iba, venia, trotaba, galopaba, quedando firme sobre la silla que había fabricado con madera y cuero de hipopótamo, y por último, cuando creyó haber dado bastantes pruebas de su destreza, se detuvo, se apeó y ató á un árbol su cabalgadura que arrancaba vigorosamente la arena con sus largos pies.

—Diga vd. padre mio, exclamó Artu-

rosudando y lleno de satisfaccion. ¿Está vd. contento de mí?

—Muy contento, respondió Muller. Has querido darnos una agradable sorpresa y lo has conseguido felizmente; refiérenos los medios que has empleado para ello.

—Sí, refiérenos todo, dijo Julian desdeñosamente

Pero Arturo no deseaba otra cosa y prosiguió.

En mis continuas escursiones observé una familia de magníficos avestruces que todos los días caminaba por un angosto sendero para llegar á la llanura de los Cactos. Me vino la idea de coger á uno de estos hermosos animales para hacer un obsequio á mi buena madre con las grandes plumas que adornaban sus alas y su cola, pero reflexionando despues que mi mamá no necesitaria en la actualidad adornos de ninguna especie, deduje al mismo tiempo que el avestruz vivo podria sernos mas útil; pero sin embargo, era preciso coger mi presa, y á la verdad no lo encontraba muy fácil. *Blanco y Sin miedo* me hubieran perjudicado porque morderian furiosamente á estas aves, y me hallé obligado á valerme de mis propias fuerzas. Con correhuelas de la piel del boá, hice una especie de lazo á manera de los que usan ciertos habitantes mejicanos, ocultéme detrás de un espeso ramage, aceché á los avestruces que marchaban con la mayor seguridad; eché al último el lazo que tenia en mi mano, le corrí, y el animal quedó prisionero por una de sus piernas; queda á la contemplacion de vds. los esfuerzos del pobre animal para evadirse de su

prision, pero todo inútil, porque mientras mas aleteaba, mas seguro quedaba en la red; cuando se rindió me acerqué y tuve que emplear mucha destreza para apoderarme de él. ¿Y para domesticarle? El hambre fué mi mejor recurso, por que oí decir á mi querido papá en varias ocasiones, que este era el mejor medio de domar á los animales, y me aproveché de sus preceptos. En fin, despues de muchos ensayos, los mas infructuosos, conseguí hacerme querer de mi avestrúz, y pude transformarle en un verdadero caballo.

—Esceleste resultado, exclamó Julian con ironía, no hay duda que tu tiempo ha sido bien empleado.

—No vituperes así la conducta de tu hermano, interrumpió don Pedro Muller con gravedad, lo que parece pueril tiene en el fondo un carácter de verdadera utilidad. Domesticando Arturo á ese animal, ha hecho un buen servicio á la familia; su avestrúz puede reemplazar á nuestro pobre asno.

—Yo no vitupero la conducta de mi hermano, pero dice vd. que los descubrimientos de Arturo tienen mas mérito que los demas. ¿No he desenterrado yo esa ininidad de tortugas, que cazan á los caracoles, á las orugas, y á todos los demas insectos? Antes, todas nuestras plantas eran destruidas y mi descubrimiento ha producido un bien, pero nadie me ha dicho una palabra todavia.

—¡Ah! exclamó Arturo en tono irónico, con efecto, tus tortugas tan grandes como manzanas son muy lindas pero no raras, pues hemos visto una lluvia de ellas en la pradera donde tú las has encontrado.

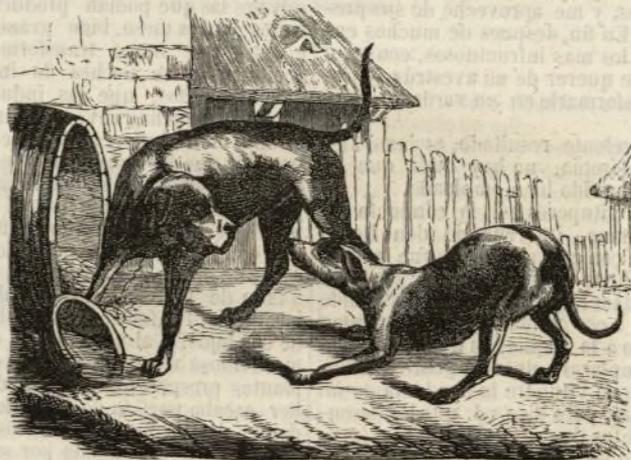
—Vamos, no regañes Arturo, dijo Muller; tu hermano tiene razon en quejarse de mi indiferencia; es un olvido de mi parte que procuraré reparar; lo digo de todas veras, este hallazgo es de gran precio para nosotros.

Expliquemos ahora lo que el padre de familia hizo respecto á las plantaciones de la colonia. Como hombre previsor no quiso concentrar en un solo punto sus tareas agrícolas, porque pensaba que un accidente, un huracán,

podía en un clima como aquel destruir sus esperanzas en un solo dia; habia tenido el trabajo de escoger varias llanuras que le parecieron á propósito para la cultura, y sus conocimientos especiales en la materia le fueron de bastante utilidad, pues distinguió la naturaleza de algunas plantas que mejoró, sacando del estado salvaje las que podian producir, bien frutos para la mesa, bien granos oleaginosos que luego transformaba en aceite para las noches de invierno, bien filamentos, que las industriosas manos de Amelia convertian en un esceleste hilo. Muller, no tardó en comprender que las provisiones estraidas en la embarcacion se agotarian bien pronto; sabia tambien que el hombre prudente, no debe contar como el indio, con los recursos precarios de la caza, de modo, que su primer cuidado á falta de instrumentos de labor y de jardineria, fué fabricarlos con la ayuda de sus hijos, y al poco tiempo era cosa maravillosa ver de la manera que las plantas prosperaron. Don Pedro Muller sacaba partido de todos los accidentes del terreno; industrioso y poderosamente secundado por sus hijos pensaba en todo; trabajaban los dias enteros, pero, ¡qué felicidad cuando llegaba la noche y la familia aparecia reunida en derredor de una grande mesa, construida tambien por los mismos que la usaban! Tan pronto saboreaban una rica y deliciosa sopa de tortuga, como se comia un magnifico trozo de carne de venado, ó una hermosa ave marina, ó algun raro pescado cogido con las redes de Felix, que manifestaba una verdadera vocacion para el arte de pescar. Se rociaban estos manjares con el dulce y sabroso licor que destila el tronco de las palmeras; luego don Pedro Muller se sentaba descansadamente en una especie de sillón de junco que él mismo se habia hecho, y gustaba en su muelle asiento el vapor de un tabaco mejorado, secado y preparado por él, y en esta situación hablaba á su muger y á sus hijos, de lo pasado, del presente y del porvenir. Despues que tributaban un dulce recuerdo á su querida patria, se hablaba

de los trabajos que había que emprender, de los nuevos esfuerzos que había que practicar para mejorar la suerte de la familia. Los cuatro hermanos, nunca estaban de acuerdo respecto á los medios que había que emplear, pero Amelia y don Pedro Muller restablecían al

punto la armonía. Los dos perros fieles no abandonaban á sus amos, que parecían, cuando enderezaban las orejas y movían la cola, que tomaban parte en la amistosa conversacion, excepto cuando marchaban al sitio que tenían destinado para la guarda de la cabaña.



Un dia que don Pedro Muller salió á cazar con Julian y Arturo, oyeron de repente los ladridos de sus dos perros; al instante acudieron al sitio de donde salían estos ladridos, pero se llenaron de espanto cuando vieron á su frente una grande manada de búfalos. Desde la llegada de los europeos á esta isla, aquellos fieros animales se habían retirado al fondo de las soledades que no estaban aun reconocidas. Juzgó Muller que el ardor de la cacería le había conducido demasiado lejos.... mas ya no era tiempo de volver atrás. *Blanco y Sin miedo* que habían divisado á un búfalo pequeño, se avalanzaron con valor á sus orejas, y el búfalo comenzó á lanzar espantosos rugidos, en tanto que su madre irritada hacia todo lo posible por defenderle queriendo herir á los perros con sus cuernos.

No había un momento que perder, y á pesar del temor de matar á uno de los perros tirando al búfalo hem-

bra, don Pedro y sus hijos apuntaron simultáneamente; el efecto de la detonacion, repetida á lo lejos por el eco de las montañas, fué terrible; el búfalo cayó á tierra para no volverse á levantar; y la manada entera sobrecogida de espanto se dispersó al momento. El búfalillo, á quien ni los perros habían acobardado, se vió al fin cogido por Arturo que echándole un lazo al cuello y otro á una de sus piernas, le llevó triunfantemente á la cabaña. Merced al medio que generalmente se emplea, esto es, atravesándole la membrana de la nariz para introducirle una clavija de madera, se consiguió domesticarle y hacerle trabajar.

Con esto pudo don Pedro Muller llevar á cabo un proyecto formado mucho tiempo antes; era éste el de hallar un medio de transporte cómodo para la buena Amelia que no podía tolerar el calor de un clima como aquel. Justamente, el calendario que llevaba don

Pedro en su cartera, le daba á conocer las fechas, y calculó que los dias de Amelia no estaban muy lejanos; los cinco trabajadores se pusieron secretamente á la obra, y á las tres semanas ya habian construido una especie de carretón sin ruedas, muy sencillo pero tambien muy cómodo: debajo de este carretón pusieron varios pedazos de hierro para impedir que la madera

se incendiase con el frotamiento continuo de la tierra; dos cogines de pieles rellenos de plumas, servian de asiento; tal fué el obsequio que la dichosa familia ofreció á la tierna madre; á guisa de caballos engancharon al bufalillo, y á un bisonte pequeño que lograron domesticar á fuerza de paciencia y buenos tratamientos.

Amelia, maravillada, no sabia cómo



espresar su grande satisfaccion al creerse llevada por aquel extraño carruage al seno de la inmensa llanura cubierta de vegetacion.

—¿Cómo han obtenido vds. este objeto de lujo? preguntaba; sí, porque un coche en una familia es ya un objeto de lujo.

—Sí, mi buena Amelia, respondió don Pedro sin disimular por mas tiempo su alegría; sí, he aquí lo que hemos hecho en obsequio tuyo, y ayudándonos Dios, esperamos hacer mas todavía.

—Muy ambiciosos se manifiestan vds.; cuidado que esto puede tambien conducirnos á la desgracia.

—¿Es malo, exclamó Julian, querida mamá desear el completo bienestar de vd?

—Tenemos mas de lo que necesitamos; mirad, hijos míos, como el cielo nos ha protegido, y ha sido grande en

sus impenetrables designios; podiamos haber sido victimas del naufragio, y henos aquí á todos reunidos; podriamos haber llegado á una costa árida, poblada por tribus de indios feroces, y nos encontramos en un terreno fértil donde reina la abundancia. ¿No son estos, favores que el cielo ha querido concedernos?

—Pobre Amelia, murmuró su esposo: ¡cuánta filosofia; cuánta resignacion!

—Mi resignacion es fácil de comprender, respondió Amelia, y yo no ruego mas que una cosa, y es que nuestra situacion presente se sostenga.

Por espacio de muchos dias el carretón escoltado del avestruz y su gineete, estuvo haciendo el oficio á que fué destinado; los continuos paseos no se limitaron á simples distracciones, sino casi siempre tenian un objeto de utilidad; se visitaban diversas plantaciones,

se examinaban terrenos, y se procuraba descubrir nuevos puntos de vista; pero sin embargo, don Pedro Muller se vió obligado en mas de una ocasion, á contener á sus hijos que querian llevar sus escursiones á mayores distancias.

—Hijos míos, repetia sin cesar, seguid la máxima del sabio: *saber contentarse*. Aunque caminarais á merced de vuestra impaciente curiosidad ¿de qué os serviría? os espondríais á peligrosos encuentros de animales dañinos, nuestro horizonte de tantas leguas de estension ¿no os basta?

Debemos añadir que este consejo tan justo, mereció la aprobacion de toda la familia. Un egemplo vino á probar las prudentes reflexiones de don Pedro. Era una hermosa noche, el calor del sol habia sido estremo, pero desde el oscurecer comenzó á reinar una frescura que disponia los cuerpos á un sueño profundo y saludable; una suave brisa agitaba las hojas de los árboles mientras que unas cuantas nubes pasajeras interceptaban de vez en cuando los pálidos reflejos de la luna. La familia Muller, cansada con las fatigas del día, dormia profundamente; pero Amelia despertó de improviso á cierto ruido extraño que escuchó; puso atencion y creyó oír ladrar á los perdigueros; y no se equivocaba, porque todo indicaba que en lo interior de la casa se habia trabado una lucha de animales; no titubeando en comunicar sus presunciones despertó á su marido, quien despues de haber escuchado un momento dijo:

—Creo que son chacales.

Pero conociendo que su muger temblaba, añadió.

—No tengas miedo; voy á echar la vesca; nuestros agresores son animales cobardes y al ver una luz emprenderán su fuga.

Con efecto, vistióse á toda prisa, cogió su mejor escopeta y abriendo la puerta de su cuarto llamó á sus hijos, los cuales no se hicieron esperar, porque á los pocos minutos aparecieron tambien armados. Cubiertos de sangre los valerosos perros estaban sosteniendo una lucha encarnizada contra cin-

co chacales; Muller y sus hijos lanzaron un grito simultáneo y los chacales intimidados con este grito y la luz de las antorchas, echaron á correr saliendo por la puerta principal de la casa que se habia tenido la imprudencia de dejar abierta. Los perros sintiendo recuperar sus fuerzas se lanzaron en persecucion de los fugitivos, de los cuales dos pagaron su audacia con la vida.

—¿Qué tal, preguntó Muller á su muger la mañana siguiente, ha sido calurosa la noche?

—Yo creo que sí, todavia no se me ha quitado el temblor nervioso que esperiménté...

—Tranquilizate, esposa mia, que semejante acontecimiento no se renovará.

—¿Y qué haremos?

—En primer lugar, tener un especial cuidado en apuntalar la puerta y despues tomar un medio, que confieso no he tenido razon en descuidar, para que nos ponga á salvo de los animales dañinos.

—¿Cuál es el medio? preguntaron todos.

—Muy fácil, rodear nuestra habitacion de ramas espinosas; yo os aseguro que no habrá ningun chacal ni boá que quiera frotarse en ellas.

—Pero eso nos costará mucho trabajo, dijo Manuel.

—¿Qué importa? Con la ayuda de Dios hemos terminado otros de mas consideracion; creo que antes de tres meses habremos cercado nuestra casa de un muro vegetal de una solidez á toda prueba.

—El dictámen de don Pedro fué aprobado sin discusion y se puso inmediatamente por obra, y era curioso contemplar el ardor con que nuestros cinco trabajadores multiplicaban sus esfuerzos para lograr el término de su empresa; el bufalillo y el bisonte fueron muy útiles en esta ocasion para trasportar el ramaje de una parte á otra.

Al cabo de tres semanas la tarea se veia bastante adelantada, y Arturo que siempre estaba pensando en su avestruz, dijo frotándose las manos,

—Que dicha, mañana domingo.... día de descanso... Pienso en dar una larga lección de equitación.

—Pero antes, añadió don Pedro, ayúdame á cargar este cocto.

Al decir estas palabras observó que el bisonte y el búfalo temblaban y respiraban con agitación, y le vino la idea de un próximo huracán, porque no ignoraba con que maravilloso instinto presienten los animales las convulsiones de la naturaleza. Su primer pensamiento fué atarlos á un árbol temiendo no se fugasen, y reuniendo luego á sus hijos buscó un refugio bajo el impenetrable follage de un boabal. (1) Los agudos silbidos, precursores de la tempestad, anunciaban la furia de los vientos desencadenados; negros nubarrones comenzaron á cubrir al sol en su carrera, y por intervalos una repentina claridad rompía esta espesa cortina, pero á poco tiempo la voz tronante de la tormenta se oyó en la campiña; el huracán fué espantoso, la lluvia cayó á torrentes, transformando en un lago la dilatada llanura.

¡Qué día! ¡Qué noche para don Pedro Muller y sus hijos! Resignados con su destino esperaban la muerte; pero lo que sobre todo les afligía mas, era la inquietud que debía experimentar la buena Amelia: ¿qué hacia durante estas horas de completo aislamiento? ¿Podría soportar la ausencia de los seres á quienes mas amaba en el mundo? Pero la aurora vino á poner un término á sus sufrimientos y á la tormenta; con mil fatigas y con el agua hastal las rodillas, Muller y sus hijos llegaron á su morada. ¡Qué cambio experimentó la campiña, gran Dios! No quedaron ni aun vestigios de sus plantaciones; por todas partes se veía la mas completa destrucción: lienzos de paredes medio destruidos, indicaban solo el lugar donde se habia edificado la morada del naufragio, esta morada, obra de tanta paciencia. A semejante aspecto, los cinco náufragos redoblaron sus esfuer-

zos para llegar cuanto antes; un sudor frio bañaba sus sienas, y abundantes lágrimas salian de sus ojos.

—¡Amelia, Amelia! gritaron.

Prestaron atento oído y una voz débil les respondió, que parecia salir de las entrañas de la tierra.

—Habrá buscado un refugio en la cueva, dijo Muller; allí precisamente la encontraremos.

No se engañaron; la pobre madre estaba sentada en el ángulo de una pared llena de terror, pero las caricias de su esposo y de sus hijos triunfaron de su estado de abatimiento: sin embargo, á los pocos instantes experimentaron una nueva aflicción, porque no podían consolarse de la pérdida de su casa; Muller creyó poner un límite á estériles sentimientos, y mandó á sus hijos que se agruparan en su derredor y que escucharan con atención. Dando á su fisonomía una gravedad que iba aumentando por grados, se puso de pie en un terreno elevado y con voz fuerte y en tono solemne dijo estas palabras:

—Mirad, mis queridos amigos; el sol brilla de nuevo; la tierra ha vuelto á tomar su luciente esplendor; dentro de algunos días la vegetación tropical habrá cubierto los tristes despojos que están esparcidos en la llanura, y no quedará mas huella del huracán que nuestro recuerdo: muchas han sido nuestras pérdidas, pero mayores hubiesen sido si el rayo desolador hubiera convertido en cenizas á alguno de nosotros: fuera entonces la desgracia irreparable, pero gracias á la Providencia ha querido preservarnos para que mutuamente nos ayudemos. Bendigamos al cielo en vez de acusarle como gente insensata, porque milagrosamente nos ha protegido; no desmayemos, hijos míos, y tengamos confianza en Dios.

Después de esta exhortación que produjo un excelente efecto, convino la familia en que Arturo montase en su avestruz y fuese á ver en el estado en que se encontraba la plantación del Sud. Aquella misma tarde estuvo Arturo de vuelta, y su rostro expresaba la mayor consternación.

(1) Género de planta malvacea que comprende los vegetales de mayor tamaño; sus frutos tienen en el Senegal el nombre de *pan de mono*.

—¿Qué sucede? exclamó Muller.

—Malas nuevas, contestó Arturo. He visto á nuestros árboles en un completo destrozo, y á un considerable número de monos recolectando nuestros frutos en medio de la mas grande algazara. *Sapajues* y *guarinos* retozaban en las ramas que antes despojaron de los frutos. Disparé dos tiros con mi escopeta y huyeron, pero el daño era ya de todo punto irreparable.

—¡Valor, mi querida Amelia, hijos míos! exclamó don Pedro. Hemos triunfado de las mas grandes dificultades, y venceremos las demas: reunamos lo que se haya podido salvar, la cueva nos servirá de granero, y esperando la proxima recoleccion, (que cada año

tenemos tres) la caza y la pesca bastarán á nuestras necesidades: lo primero de todo, levantemos nuestra casa.

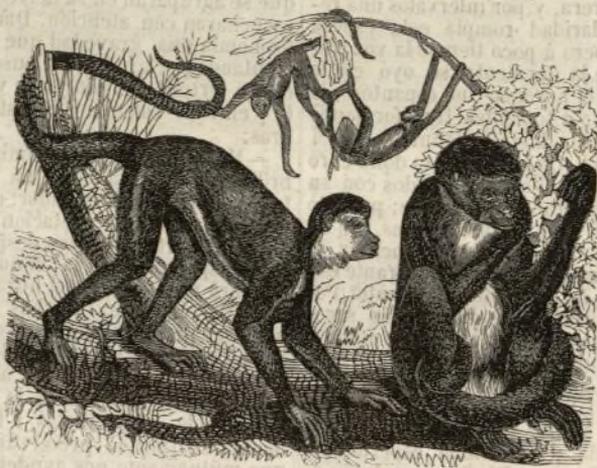
—Si, dijo Julian; pero ¿quién nos liberta de un nuevo huracan?

—Bien pensado, hijo mio, respondió Muller; la prudencia nos obliga á escoger otro sitio: tengo una idea....

—¿Cuál, cuál? preguntaron todos á un tiempo.

—Apoyar nuestra futura habitacion á una grande roca, y tendremos una casa mas permanente y duradera.

—Perfectamente, contestaron todos. Dos dias despues se puso por obra esta deliberacion, y no muy lejos ha-



llaron la roca tan deseada, pero mientras la estaban examinando, Felix llegó corriendo y gritando:

—Venid, venid, he encontrado una gruta.

Por un instinto de curiosidad bien natural, se encendieron antorchas de resina y penetraron juntos en las profundidades de aquel subterráneo, y todos espermentaron á la vez un vivo

sentimiento de admiracion.... Ocupaban una gruta de estalactita. (1)

(Se continuará.)

(1) *Estalactita*, cada uno de los conos ó racimos de sustancia mineral que por la infiltracion y evaporacion de las aguas que los contienen, quedan colgados del techo de las cuevas ó cavernas. Cuando se forman en el suelo se denominan *Estalagmitas*.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL TESORO.

Una jóven y un anciano estaban sentados y hablando como vulgarmente se dice, en amor y compañía, en una pequeña habitación, cuyos muebles aunque modestos y sencillos, estaban cuidadosamente arreglados y revelaban los esfuerzos de la pobreza cuando no es desidiosa y abandonada; el orden, el gusto y la estremada limpieza, daban al cuarto cierto aspecto de elegancia; cada objeto ocupaba su respectivo lugar; los ladrillos del pavimento se veían perfectamente fregados, la estera brillaba y la ventana adornada con dos cortinas blancas de algodón, tenían en su pretil algunas macetas con flores. Era la caída de la tarde, y una luz purpúrea alumbraba la humilde estancia y encendía el rostro encantador de la jóven, y reflejaba en los blancos cabellos del anciano.

Este estaba medio recostado en un grande sillón de junco, que una industriosa solicitud había rodeado de almohadones; una banqueta vieja transformada en taburete, contenía sus mutilados pies, y el único brazo que le quedaba, le tenía apoyado sobre un veladorcito donde se apercibía un cirraro de papel y una petaca de cuero.

El viejo soldado tenía un rostro atrevido, manifestando aquella habitual franqueza que aminora la comun rusticidad de la gente que ha servido en la clase de tropa; su bigote entrecano ocultaba la sonrisa que asomaba en sus labios, mientras contemplaba á la jóven que tenía á su frente. Esta tenía como veinte años; rubia, de facciones muy delicadas, y cuyo semblante dejaba adivinar todo lo que pasaba en lo mas

recóndito de su alma. Tenía un periódico en la mano y le leía al invalido; pero de repente interrumpe su lectura y se pone en ademán de escuchar atentamente.

—¿Qué es eso? preguntó el anciano.

—Nada, contestó la jóven dando un ligero suspiro.

—¿Creste que era Carlos? repuso el veterano.

—Ciertamente, respondió la lectora enrojándose un poco; es la hora en que acostumbra á venir.....

—En que acostumbra á venir, repitió Vicente en tono pesaroso.

Susana abrió los labios para justificar á su primo, pero su razón protestó en seguida contra este intento, pues se detuvo al instante quedando después pensativa. El anciano llevó su única mano á sus bigotes, y comenzó á retorcerselos con impaciencia; este era su acostumbrado gesto cuando le preocupaba algun triste recuerdo.

—Nuestro recluta, dijo, camina por malos senderos. Siempre viene de mal talante; se emancipa del trabajo para buscar distracciones, y esto es un mal para él y para nosotros.

—No diga vd. eso, tío mio; vd. le hará desgraciado, respondió la jóven; es un mal momento para pasarlo bien; desde algun tiempo á esta parte, ha formado mi primo ciertos proyectos.... Debe estar desanimado para trabajar.

—¿Por qué?

—Porque dice que no puede esperar nada; cree que son inútiles los esfuerzos para su porvenir, y asegura que lo mejor de todo es vivir sin esperanza, dejándolo todo á la casualidad.

—¡Ah! ¿con que ese es su sistema? Es bueno por cierto.

—Si vd. le hiciera comprender lo contrario, dijo Susana con inquietud.

Ya yo he procurado disuadirle de su error, manifestándole lo que podía economizar, siendo tan hábil encuadernador, pero cuando hablo de cuentas se encoge de hombros diciendo que las mugeres no entendian de eso.

—Y entonces, te desesperarias, ¿no es verdad? ¡pobre sobrina mia! Ahora adivino por qué te he visto llorar con frecuencia.

—¡Oh! tío... aseguro á vd.

—Eso ha impedido que sigas regando tus macetas y cantando como tenias de costumbre.

—Pero tío....

Susana confusa bajaba los ojos y doblaba las esquinas del periódico; el inválido puso dulcemente la mano sobre su cabeza y continuó.

—Vamos, no vaya á creer que la riño; algun fin llevas en interesarte tanto por Carlos, que aunque ahora es tu primo, algun dia será...

La jóven hizo un movimiento.

—Bueno, prosiguió el veterano, no hablemos mas de esto; siempre se me olvida que con vosotros es preciso ignorar lo que se sabe; en suma; ¿te ha dado palabra, y tú se la has dado á él igualmente, no es verdad?

Susana meneó la cabeza y dijo:

—En otra época..... pero desde algun tiempo á esta parte, se manifiesta tan frio, y tan enojado.

—Si, respondió Vicente pensativo; cuando se gusta de las diversiones ruidosas, los placeres de familia parecen monótonos y fastidiosos.

—Pero puede que Carlos se corrija; si vd. le hablase...

El anciano hizo un gesto de desconfianza y prosiguió:

—Estas cosas no se corrijen con palabras, sino con hechos; es mas fácil hacer un buen soldado que un hombre de razon: para formar al primero basta el ejercicio, la esperiencia, las fatigas y el estrépito del cañon. En tu primo no hay voluntad, porque no vé objeto, y es preciso mostrarle uno que le haga valeroso, y esto no es asunto de fácil concepcion.... Sin embargo, pensaré.

—Ahora si que no me he equivocado, dijo la jóven, que habia escuchado

pasos en la escalera y conocido que eran los de su primo.

—Entonces, silencio, dijo el inválido; que no presuma que hablamos de él; prosigue tu lectura.

Susana obedeció, pero el temblor de su voz fácilmente hubiera revelado á un observador atento la emociion que experimentaba. Mientras que sus ojos seguian las lineas impresas y su boca pronunciaba maquinalmente las palabras, su oido y su pensamiento estaban atentos en su primo, que habiendo acabado de abrir la puerta, puso su sombrero encima de la mesa que habia en medio de la habitacion.

Autorizado su silencio por la lectura que no debía interrumpir, el jóven no saludó ni á su tío ni á su prima, y aproximándose á la ventana se apoyó en su pretil con los brazos cruzados. Susana continuó sin comprender nada de cuanto leia, y Carlos que habia parecido en un principio ageno á la lectura, concluyó por prestar atencion aun cuando á su pesar. La jóven despues de muchas noticias que leyó respecto á robos, incendios y otros accidentes, llegó á un párrafo que decia lo siguiente:

«Un pobre encuadernador de Sevilla, llamado Pedro Muñoz, queriendo á toda costa grangearse una fortuna, concibió el pensamiento de partir para la India, pais que habia oido citar como el del oro y los diamantes; vendió pues, lo poco que poseia, pasó á Cádiz y se embarcó en calidad de ayudante de cocina en un navio americano. Transcurrieron diez y ocho años sin que se hubiese oido hablar de Pedro Muñoz, y últimamente sus padres acaban de recibir una carta en la que anuncia su vuelta; tambien en ella les hace saber que el ex-encuadernador, despues de infinitos trabajos y padecimientos, viene á España tuerto y manco, pero poseedor de una fortuna que se evalúa en doce millones de reales.»

• Carlos que habia escuchado este suelto con grande atencion é interés, no pudo menos de lanzar una exclamacion.

—¡Doce millones! repitió en tono de asombro.

—Con eso le servirán dijo el veterano para comprarse un ojo de cristal y un brazo mecánico.

—Esa sí que es una fortuna, dijo Carlos que no había escuchado las reflexiones de su tío.

—Y que no se ha ganado á crédito, dijo el anciano.

—Diez y ocho años de trabajos y padecimientos, murmuró Susana repasando el periódico.

—¿Qué importa cuando al fin se tiene una fortuna? repuso Carlos con viveza; esto no es difícil y no es emprender un mal camino, ni soportar un tiempo tan malo como el presente para no conseguir nada, ni estar siempre marchando para nunca llegar á ninguna parte.

—De suerte que tú, dijo Susana mirando á su primo con timidez, por la fortuna del encuadernador darías todos tus años de juventud y uno de tus ojos... y una mano.

—Por doce millones... yo lo creo... de buena gana. Búscame comprador á ese precio y te aseguro un dote bastante lucido.

La jóven volvió la cabeza sin responder; su corazón se había llenado de una amarga tristeza y una lágrima corrió por su sonrosada megilla. Vicente también guardó silencio, volvió á retorcerse el bigote con aspecto de indiferencia, y los actores de esta escena estuvieron gran rato sumergidos en el mismo pensamiento, pero las ocho sonaron en el reloj de una iglesia inmediata, y Susana se levantó con viveza y comenzó á preparar el cubierto para la cena. Carlos que había pasado las últimas horas del día en diversiones con sus amigos, no tuvo gana de cenar y Susana se encontraba sin apetito, de manera que solo el veterano hizo los honores á su frugal comida, pues las pruebas de la guerra le habían acostumbrado á conservar los privilegios del estómago en medio de toda especie de emociones. Sin embargo, concluyó de cenar muy pronto y volvió á ocupar su sillón situado cerca de la ventana.

Después que Susana lo hubo arreglado todo, esperó la necesidad

de estar sola; tomó una luz, besó la mano del anciano y se retiró á su cuarto, y Vicente y Carlos se encontraron solos de frente á frente. El jóven también se disponía á dar las buenas noches á su tío, pero el viejo soldado le dijo por señas que echase el cerrojo á la puerta y que se aproximara.

—Tengo que hablarte, le dijo con seriedad.

Carlos que preveía reprensiones, permaneció de pie delante del anciano, pero éste le mandó sentar.

—¿Has pensado bien en tus últimas palabras? preguntóle mirando á su sobrino. ¿Eres capaz de un grande esfuerzo para lograr una buena fortuna?

—¿Yo?... ¿puede vd. dudarle? dijo Carlos sorprendido de la pregunta.

—De modo que te hallarás dispuesto á tener paciencia y á trabajar sin interrupción á fin de cambiar de suerte.

—Si esto puede servirme para algo. Pero ¿á qué viene esa pregunta?

—Vas á saberlo, dijo el anciano que abrió el cajón de una comodita en el que guardaba varios periódicos antiguos. Estuvo rebuscando entre las hojas impresas y halló una que abrió, y mostró á Carlos un artículo señalado con la uña.

El jóven encuadernador leyó á media voz lo que sigue:

«Acaban de hacerse algunas indagaciones, relativamente á un depósito oculto á orillas del Duero después de la batalla de Salamanca. Parece que durante esta famosa retirada, una compañía perteneciente á la primera división encargada de la custodia de muchos aprestos de guerra, se separó del cuerpo del ejército, y atacada por fuerzas superiores fué inútil todo género de resistencia. El oficial que la mandaba, viendo que no había esperanza de poder escapar, aprovechó la noche para esconder debajo de tierra los cajones, para lo cual se valió de algunos soldados en quienes mas confianza tenía, y seguro de que nadie podría descubrirlos, mandó dispersar á su tropa para que aisladamente cada uno pudiese alejarse del enemigo: algunos lograron incorporarse en la división, pero

«el oficial y los soldados que conocian el sitio donde estaban los cajones enterrados, perecieron en esta fuga. Aseguran que estos cajones contenian todo el dinero del cuerpo del ejército, «esto es, una suma de tres millones de reales»

Carlos se detuvo y miró al invalido con una fijeza estremada.

—¿Formaba vd. parte de esa compañía? preguntó.

—Sí, respondió Vicente.

—¿Vd. conoce la existencia de ese depósito?

—Yo fui uno de aquellos á quienes el capitán encargó hacer la maniobra de la ocultacion, y el único entre todos que pudo escapar de las balas del enemigo.

—Entonces vd. podrá suministrar las indicaciones oportunas para descubrirle, dijo Carlos con viveza.

—Con tanta mas facilidad, cuanto que el capitán nos obligó á tomar á todos una apuntacion exacta del parage donde se encontraba; hay dos colinas; en medio de ellas un enorme peñon, y junto á él está.....

—De modo que vd. se acuerda del sitio.

—Puedo señalarle con tanta seguridad, como el lugar donde tengo mi cama en este cuarto.

Carlos se levantó de pronto y prosiguió:

—Entonces la fortuna de vd. está hecha; ¿por qué no ha hablado vd. de ese tesoro oculto; el gobierno hubiese aceptado todas las proposiciones que vd. le hiciera.

—Puede ser, dijo Vicente; pero en todo caso hubieran sido inútiles.

—¿Cómo!

—Porque el gobierno ha rehusado la autorizacion solicitada; miralo aqui.

Y diciendo esto, mostró al jóven encuadernador otro periódico, que efectivamente decia que la demanda relativa á la indagacion del depósito hecha por él en 1812 á orillas del Duero, habia sido desechada por el gobierno.

—¿Y qué necesidad tenemos de su permiso? preguntó Carlos. ¿No podemos nosotros hacerlo sin consentimien-

to de nadie? Estando en el terreno, ¿quién puede sospechar el descubrimiento si le hacemos sigilosa y cautelosamente? Se compra el terreno.....

—Hace treinta años que pensé lo mismo, respondió el soldado; pero de donde saco la suma que necesito para el viage y la compra del sitio.

—¿No puede vd. dirigirse á uno mas rico que nosotros? Le revelamos el secreto.....

—Pero ¿de qué medio nos valemos para hacerlo creer y para impedir que abusen de nuestra confianza? ¿Y si la casualidad impide que salgamos bien del asunto? ¿Y si sucede una cosa análoga á lo de la fábula que nos leistes el otro dia, que en el momento de la reparticion el leon se quedó con toda la presa? Será bueno que despues de tantas fatigas, del viage, de la incertidumbre del buen éxito, añadamos á nuestros sufrimientos los que pudiera darnos un proceso. No quiero atormentar los pocos dias que me quedan de vida. Al diablo los millones que es preciso buscar..... tengo 800 reales al año por mi retiro, y gracias á mi pobrecita sobrina, nada me falta, tengola cruz de San Fernando y la del Pilar de Zaragoza; ningun dia me falta el puchero ni tabaco; esto me basta... ¡Viva Palafox! me mofa de todo el mundo, como en otro tiempo me reia de un peleton de franceses.

—¿Asi dejavd. escapar esta ocasion, dijo Carlos con cierta animacion exagerada; rehusa vd. las riquezas?...

—Para mi la rehuso, contestó el anciano, pero en cuanto á tí ya es otra cosa. Hace poco que he conocido que eras ambicioso, y que querias ser millonario; pues bien, reúne la suma necesaria para nuestro viage, y partiré contigo.

—¿Se puede?

—Gana 8,000 rs.; á ese precio yo te daré un tesoro... ¿Qué te parece?

—No me parece mal, repuso Carlos... Pero ¿como reúno yo tanto dinero; no podré conseguirlo nunca.

—Trabaja con aplicacion y dame tu paga todas las semanas, y te prometo que conseguirás tu fin.

—Piense vd. tio, que las economías

de un oficial de encuadernador son tan pocas....

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Cuánto podré reunir todos los años?

—No hace mucho que ofrecías diez y ocho, un ojo y un brazo....

—Es verdad; pero si estaba seguro...

—¿De adquirir un tesoro? Yo te lo juro por el alma de mi general en jefe.

Cárlos miró el asunto con alguna seriedad; Vicente le animó de nuevo asegurándole que tenía su porvenir en la mano, y el joven se acostó resuelto á hacer todos los esfuerzos posibles; pero la confianza de su tío le había he-

cho concebir esperanzas de tal naturaleza, que en vano quería dormir; toda la noche la pasó calculando en los medios de ganar cuanto antes la suma que necesitaba, y pensando en el empleo que haría de su futura riqueza.

Cuando Susana salió de su aposento á la mañana siguiente, Cárlos habia ya marchado á su trabajo. Vicente que vió la admiracion de su sobrina, bajó la cabeza sonriendo, pero no la dijo nada; habia recomendado el secreto á Cárlos y él tambien quiso guardarle; bastábale ver que el joven llevaba á efecto sus nuevas resoluciones.

(Se continuará.)

LOS NIÑOS Á LOS PIES DE LA MADRE DEL REDENTOR.

Contémpianos con clemencia,
Oh, dulcísima Maria,
Que es la voz de la inocencia
La que se halla en tu presencia....
La que ruega, madre mia.

La que con tierno fervor,
Tu angustia compadeciendo,
Hoy comprende tu dolor,
Y en este valle gimiendo
Bendice tu puro amor.

Con tierna solicitud
Prepara nuestro destino,
Que esta pobre juventud,
Quiere saber el camino
Que conduce á la virtud.

Llega á nos, madre piadosa,
Y á la maldad pónle freno
Con tu mano poderosa,
Y arranca de nuestro seno
La semilla contagiosa.

El mundo, madre, es un mar,
Cuyo puerto de bonanza
Es difícil encontrar;
Pero la virtud le alcanza
Si á él pretende arribar.

Sepáranos del pecado,
Dulcísima dolorosa;
Aparta de nuestro lado
La existencia borrascosa,
Que hace al hombre desgraciado.

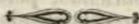
Los cielos bendecirán,
Estos pobres corazones,
Y nunca presa serán,
Del tormentoso huracan
De fementidas pasiones.

Ten, señora, compasion,
De esta fragil navecilla;
Sé guia de su timon,
Y llévala hácia la orilla
Del puerto de salvacion.

I. A. BERMEJO.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

Los hijos del arquitecto.



El rey de Egipto Rhamprinito, que vivía por los años 2250 antes de Jesucristo, juntó inmensas riquezas, y para tenerlas con grande seguridad mandó levantar un edificio de piedras cuyas paredes estaban fuera del recinto de su palacio. El arquitecto encargado de la construcción supo disponer con tanto arte una de las piedras, que solo un hombre podía con facilidad levantarla é introducirse por este medio en el edificio. Poco tiempo después que el rey hubiese llevado allí sus tesoros el arquitecto cayó gravemente enfermo, y sintiendo llegar por instantes el término de su vida, reveló á sus dos hijos este importante secreto designándoles con claridad y exactitud la piedra, indicándoles el modo con que podían moverla, y añadió que con una grande prudencia se verían en breve poseedores de las riquezas del monarca.

Murió el arquitecto, y sus dos hijos no dejaron transcurrir mucho tiempo sin dirigirse una noche á lo interior del edificio donde encontraron la piedra designada que levantaron con suma facilidad y sacaron una considerable suma de plata y oro; repitieron muchas veces esta misma operación, mas un día que el rey pasó á visitar su tesoro, quedó de todo punto admirado al ver vacíos la mitad de los vasos que le encerraban. No sabía qué partido tomar, pues todo estaba perfectamente cerrado y hasta intacto el sello real colocado sobre la puerta. De nadie podía sospechar, y con el objeto de averiguarlo con certeza puso un lazo en derredor de los vasos que contenían sus riquezas. A la noche siguiente los la-

drones, según tenían de costumbre, penetraron en el edificio, mas uno de ellos habiéndose aproximado primero al depósito de las alhajas, cayó en el lazo, y después de inútiles esfuerzos para salir de él, llamó á su hermano y le suplicó que le cortase la cabeza al instante temeroso de que el rey le conociera y le hiciera mas desgraciado tanto á él como á su hermano. Este al principio titubeó, pero convencido al fin por las razones del otro, puso cuidadosamente la piedra y volvió á su casa con la cabeza de su hermano.

A la mañana siguiente, al rayar el día, pasó el rey á visitar su tesoro, y quedó estremadamente sorprendido al ver al ladrón en el lazo, pero sin cabeza; su admiración fué mas grande todavía cuando vió, que á pesar de sus prolijas indagaciones no podía descubrir por qué parage habían podido introducirse en el edificio. Imaginó entonces suspender el cadáver decapitado en la muralla, y colocó guardias en derredor con órden de prender á los que apareciesen conmovidos de este horroroso espectáculo.

Sin embargo, el ladrón vivo, cuando entró en su casa, fué muy mal acogido por su madre, fué muy mal acogido por su madre, la que habiendo sabido que el cadáver mutilado de su hijo estaba públicamente espuesto, mandó al hermano del muerto que se lo trajese, amenazándole con la denuncia de su crimen si no lo ejecutaba. El hijo á pesar de sus frecuentes súplicas, no consiguió que su madre variase de intento, y tomó su partido como hombre resuelto.

Cargó de pellejos llenos de vino algunos asnos y los llevó al sitio donde el cadáver de su hermano estaba suspendido; desató varios pellejos y viendo que el vino corría en abundancia por todos lados comenzó á dar grandes

gritos fingiendo la mas espantosa desesperacion: acudieron los guardias esperanzados en aprovecharse del vino derramado, y el jóven aparentando estar encolerizado, llenó de injurias á los soldados; pero como estos quisiesen consolarle de su supuesta desgracia, se apaciguó aquel, y para mostrarse agradecido porque le habian ayudado á detener á los asnos é impedir que se derramase mas vino, les dió de beber y concluyó por sentarse al lado de ellos, obsequiándolos con tanta largueza que logró embriagarlos al estremo de quedarse profundamente dormidos. Cuando la noche estuvo bastante avanzada, el jóven desató el cadáver, le cargó sobre uno de sus asnos, y para mofarse de los guardias, cortó á todos la megilla derrecha, y tornó á casa de su madre.

Habiendo sabido el rey lo que habia pasado se puso mas encolerizado todavía; pero queriendo descubrir al ladrón á todo trance, puso á su hija en un sitio público y anunció, que la daria en casamiento al que pudiese responder de una manera satisfactoria á las preguntas que ella hiciese. La princesa tenia orden de preguntar á todos cuales eran las acciones mas malas y sutiles que habia cometido, y si daba con alguno que confesaba haber robado el cadáver del ladrón, debía detenerle y no dejarle escapar.

No obstante, el hijo del arquitecto habiendo comprendido el pensamiento del rey, quiso manifestarse mas diestro que él. Cortó el brazo de un hombre recientemente muerto, y poniéndole debajo de su capa fué por la noche á verse con la jóven princesa: á sus preguntas respondió, que la accion mas mala que habia hecho en toda su vida era la de haber cortado la cabeza á su hermano, y la mas sutil haber robado el cadáver á los soldados que le custodiaban. Al punto la princesa se arrojó sobre él queriéndole detener, pero como estaban á oscuras, presentó el brazo del muerto, que era lo que la princesa habia cogido, y abriendo rápidamente la puerta, consiguió ponerse á salvo.

Al saber el rey tanto ardid y atre-

vimiento, cambió su cólera en admiracion, y publicó en todas las ciudades de su monarquía, que lejos de castigar al culpable, le colmaria de riquezas si queria presentarse y revelar su nombre. El ladrón confiado en su palabra se presentó, y no lo escapó mal, pues el rey le dió á su hija en casamiento, «considerándole el mas sabio de todos los hombres, porque sabia mas que todos los egipcios, que son segun ellos mismos, mas ingeniosos que todos los pueblos del mundo.»

El historiador griego Herodoto, al cual debemos esta corta historia, digna de figurar al lado de los cuentos de *Las mil y una noches*, la sacó él mismo de las relaciones y cuentos de Egipto.

EL PERRO.

Muchas son las anécdotas que se han contado de este animal; pero creemos que no habrán oido nuestros lectores las siguientes.

Hace algunos años que un canónigo y un perro tuvieron una reñida querrela, el perro mordió al canónigo al pasar por delante de la puerta de su amo, y él sacudió á este animal sendos bastonazos, y habiendo acudido los transeuntes á separar á los contendientes, sin permitir al perro que se arrojase de nuevo, como iba á hacerlo, á las pantorrillas del canónigo; pero éste, permitasenos esta espresion, pensó que no hallaria otro medio mejor de vengarse que contrahaciendo en la iglesia la voz del canónigo, que era muy áspera y desagradable. Todas las fiestas y domingos no faltaba el perro de ir á la iglesia con su amo, y en cuanto su enemigo cantaba, él se ponía á ahullar con toda su fuerza y en el mismo tono; no bien concluía el canónigo cesaba él tambien. El buen prelado se quejó al dueño del perro, y le hizo promesa que le encerraria en su casa á la hora de misa ó de vísperas: en efecto, así lo hizo, y al entrar en la iglesia dijo al canónigo, «ya no molestará hoy mi per-

ro, porque lo he encerrado; pero el buen hombre no contaba con la travesura de su perro; viéndose este animal solo en su casa á la hora que acostumbraba entrar en la iglesia, buscó los medios de evadirse, y saltando por una ventana que halló abierta, corrió á la iglesia, y se escondió debajo de un banco sin que nadie lo viese: hasta que el canónigo no cantó, el perro no chistó tampoco; pero luego que aquel empezó su salmo, el perro comenzó á ahullar con toda su fuerza. Su dueño quedó sorprendido al oír tan inesperado ruido, y el canónigo enfurecido hizo citar ante el juez al amo del perro, pretendiendo que él tenía parte en las insolencias de su animal, y pidiendo su castigo. El juez se rió de la demanda, y las partes fueron enviadas como habian entrado.

Un escribano tenia un perro llamado Mufti, á quien queria mucho. Un día que debía recibir una suma de 10,000 reales en el campo, montó á caballo y se dirigió al sitio seguido de Mufti. Este animal fué testigo de todo, vió como el escribano contó el dinero, como lo metió en sus sacos y como montó á caballo con aire satisfecho.

Mufti tomó parte en la alegría de su amo, salta en torno suyo y ladra para felicitarle. Hacia el mediodía se vé obligado el escribano á apearse, ata su caballo á un árbol y pasa á un vallado: al alejarse se acuerda que ha dejado el dinero en el caballo, y temiendo que cualquiera que lo sepa se apodere de él, vuelve y toma su saco, lo pone á su lado al pie de un zarzal donde se detiene algun tiempo: despues se levanta y se dispone á partir sin acordarse del saco.

Mufti que habia observado todos sus movimientos y que le seguia todos sus pasos, advirtió esta distraccion, corre al saco, intenta levantarlo ó arrastrarlo con sus dientes, pero pesaba demasiado: vuelve adonde estaba su dueño y le tira de los vestidos para impedirle que suba á caballo, lanzando fuertes ladridos. El escribano no hace caso alguno, separa su perro y parte.

El perro se admira de que sus avi-

ros no sean escuchados; se arroja delante del caballo para impedirle el paso, ladra hasta que le falta la voz, su celo le ciega, se arroja al caballo y le muerde en cuatro ó cinco partes.

Entonces el escribano comienza á concebir sospechas de que su perro está enrabado. En ciertos espíritus las sospechas se cambian pronto en costumbres. Mufti, aunque sin aliento continuó en gritar, y en el exceso de su celo no cuidó en descansar. ¡Ah! mi desgracia es cierta, esclama el escribano, mi perro tiene rabia; si mordiese á algun pasajero... es preciso matarle, un perro que me es tan fiel; pero no hay remedio; llegaria á mordirme á mi mismo. Es un deber, y diciendo esto toma una pistola, apunta á su perro y cerrando los ojos le dispara. El perro cae, y revolcándose en tierra se vuelve hácia su amo y parece que le echa en cara su ingratitud.

El escribano se aleja estremecido, se vuelve á ver á Mufti, quien agita su cola al mirarle como para darle el último adios. El escribano desesperado es tentado á bajar del caballo para buscar algun remedio al tiro que le ha lanzado, pero el temor de su persuasion le detiene, continúa tristemente su camino entregado á mil pesares, á mil remordimientos y seguido de la imagen de Mufti moribundo, no sabe como espíar este tiro de barbarie: todo lo que tiene daría por repararlo y maldice mil veces su viaje. De repente esta idea le recuerda la de su saco, observa que no lo lleva consigo y se acuerda del sitio donde le dejó, esto es para él un rayo de luz, entonces vé la esplicacion de los gritos y de la cólera del desgraciado Mufti.

Vuelve á todo el galopar de su caballo por su dinero, deplorando su injusticia: un reguero de sangre que vé en el camino, le hace temblar de horror y pone el colmo á su dolor: llega al pie del zarzal, ¿y qué ve? á Mufti espirando que habia ido arrastrando hasta allí para velar al menos por el bien de su desgraciado señor, y para consagrar en su servicio hasta el último instante de su vida.